

# El celoso prudente

---

Tirso de Molina

Personas que hablan en ella:

- El REY de Bohemia
- SIGISMUNDO, príncipe
- Don SANCHO, caballero
- LISENA, dama
- DIANA, dama
- LEONORA, princesa
- FISBERTO, viejo
- ALBERTO, infante
- ENRIQUE, marqués
- GASCÓN, lacayo
- CAROLA, criada
- ORELIO, criado

- LAURINO,criado
  - FULCIANO, criado
  - ACOMPAÑAMIENTO
- 

## ACTO PRIMERO

---

*Salen LISENA y DIANA. LISENA tiene en la mano un librito de cera blanca encendido, y en la otra un papel que DIANA quiere quitarle*

LISENA: No has de verle. Sueltalé;  
que ya pecas de cansada.  
Mira que le rasgaré.

DIANA: ¿Tú has de encubrirme a mi nada  
bien lo que me amas se ve.  
¡Tú a tal hora en el jardín

sola, con luz y papel,  
sin que yo sepa a qué fin!  
¿Merece saber mas de él  
que yo esta murta y jazmín?  
Si de testigos te enojas,  
que hablar puedan en tu mengua  
cuando cuentes tus congojas,  
yo solo tengo una lengua,  
e infinitas estas hojas.

Murmurar las siento aquí  
con cualquier aura liviana,  
y debe de ser de ti;  
porque siendo yo tu hermana,  
no te osas fiar de mí.

Lisena, suelta el papel  
o dime lo que contiene  
y a quien estimas en él.

LISENA: Ni que lo sepas conviene  
ni una letra has de ver de él.

DIANA: ¿No soy tu hermana mayor?

LISENA: ¿Qué importa aquí el parentesco  
donde el secreto es mejor?

DIANA:        Pues que verle no merezco,  
venta será del honor;  
que por ser de mí estimado  
en el extremo que entiendes,  
a encubrirle te ha obligado.

LISENA:       Bien sé, hermana, que pretendes  
que te diga mi cuidado;  
y por eso hablas así,  
aunque en diverso conceto  
estoy acerca de ti;  
y pues te guardo el respeto  
que tú me pierdes a mí,  
ni de esa suerte me trates  
ni por fuerza saber quieras  
lo que es.

DIANA:                    Cuando te recates  
de que sepa tus quimeras  
y encubras tus disparates,  
como en cosas del honor  
no toquen, no soy curiosa;  
mas soy tu hermana mayor.  
Ésta es hora sospechosa;

el papel encubridor  
de algún liviano suceso;  
la luz, señal que procuras  
publicar tu poco seso;  
que el yerro que se hace a escuras  
alivia a la afrenta el peso;  
el sitio no conveniente  
para quien profesa honor  
y el riesgo que corre siente;  
caviloso tu temor,  
o al menos impertinente  
pues has dado en recelarte  
de mí con tan necio extremo.  
Soy tu sangre, tengo parte  
en tu mal o bien, y temo  
no haya venido a engañarte  
quien a tal hora provoca  
tus deseos inconstantes;  
que una travesura loca  
es mal de participantes  
que a todo un linaje toca.

LISENA:            En mejor reputación

esté mi fama contigo.  
No sé yo por qué razón  
me das antes el castigo  
que mi culpa la ocasion.  
Mis pensamientos, si en ellos  
se han fundado los enojos  
con que intentas ofendellos,  
tan altos son, que tus ojos  
no han de alcanzar ni aun a vellos.  
Si eres mi mayor hermana,  
y temes que he de ofenderte,  
trátame mejor, Diana;  
y si malicias, advierte  
que la malicia es villana  
y que, aunque en los nacimientos  
tu edad más respetos cobra,  
te aventajo en pensamientos,  
pues del valor que les sobra  
te puedo dar alimentos.  
Si aquí a tal hora me ves,  
advierte, aunque maliciosa,  
crédito a quimeras des,

que no hay hora sospechosa,  
si la persona no lo es.  
Y que como no la esmalta  
el sol, de los cielos vida,  
por si algun temor me asalta,  
vengo con luz encendida,  
supliendo lo que le falta,  
señal que no ha de temerse  
cosa indigna de mi ser  
y que de mí ha de creerse,  
que aun de noche no sé hacer  
cosa que no pueda verse.  
Este papel que ha causado  
la inquietud que en ti se ve,  
aunque le hayas injuriado,  
basta que en mi mano esté,  
para estar calificado.  
Y el sitio, pues yo le piso,  
da nuevo ser a su ornato  
y a tus sospechas aviso  
y, aunque culpes mi recato  
porque llamarte no quiso,



no importa; que él es discreto,  
y yo basto a dar valor  
contra tu rüin conceto,  
sitio, noche, temor,  
la luz, papel y el secreto.

DIANA:           Pues ¿puédesme tú negar,  
que enamorados desvelos  
no te han hecho trasnochar?

LISENA:       Mas ¿si me pidieses celos?

DIANA:       Bien sabes que no sé amar,  
y que hasta agora no ha habido  
quien me haya puesto en cuülado.

LISENA:       Ya yo sé que te has querido  
alzar con el principado  
de la crueldad y el olvido  
y que cuantos quieren bien,  
una Anajarte alemana  
en tu severidad ven,  
siendo en el nombre Dïana  
como en belleza y desdén.  
Y así yo que con temor  
ando de ver el extremo

de tu intratable rigor,  
huyo de ti porque temo  
a quien nunca tuvo amor.

DIANA:            ¡Gracias a Dios que he sacado  
en limpio esta confusión!

En fin, ¿amor te ha quitado  
el sueño, y como ladrón  
de noche te ha salteado?

Ya, pues los principios sé,  
saber puedo lo demás.

¿Quién el venturoso fue,  
en cuyo papel estás  
deletreando su fe?

Dime, Hermana, la verdad.

Ea...

LISENA:            Háceseme grave  
descubrir mi voluntad

a quien, porque amar no sabe,  
es de ajena facultad.

DIANA:            No tanto, que aunque no adore,  
ni tus desvelos imite,  
favorezca, escriba y llore

ni la práctica ejercite  
vuestra teórica ignore.  
De amor sé la pasión ciega  
quizá mejor que quien tira  
sus gajes y al centro llega  
de su esfera; que quien mira,  
más alcanza que el que juega.  
Conservo mi libertad;  
mas no porque no consiento  
tu amorosa ceguedad  
eches al entendimiento  
culpas de la voluntad.  
Acaba; declaraté.

LISENA: ¿Haste de enojar conmigo?

DIANA: ¿Tan baja tu elección fue  
que estás temiendo el castigo  
si la prenda que amas sé?

LISENA: Antes es tan generosa  
que entiendo, en siendo sabida  
de ti mi elección honrosa,  
que me llames atrevida  
y me riñas envidiosa.

DIANA: ¡Válgame Dios! ¿Quién será este hipócrita de amor?

¡Para aqueste monte ya!

LISENA: Si el conde de Peñaflores fuese el que ocasión me da de estimarle, ¿qué dirías?

DIANA: Que a tu sangre corresponde el amor que en ella crías.

LISENA: ¿Y si fuese más que el conde?

DIANA: ¿Más que el conde? Desvarías.

LISENA: ¿Si Enrique de Oberisel, del rey privado y sobrino, me escribiese este papel...?

¿No es más galán? ¿No es más dino que el conde?

DIANA: Es monstro con él.

La alemana bizarría  
me avergüenza en su presencia.

¡Dichosa tú, hermana mía!

LISENA: Si me amase una excelencia, en vez, de una señoría, con más razón te admiraras.

DIANA: ¿Excelencia?

LISENA: El duque Arnesto

¿no puede, si en él reparas,  
aarme con fin honesto?

DIANA: Señales vas dando claras

que estás loca. Un caballero

es nuestro padre, leal,

de noble sangre y acero

que tuviera más caudal

a querer ser Ilsonjero;

y, por igualar su hacienda

con la altiva inclinación

que su valor me encomienda,

doy desdeñosa ocasión

a que amor de mí se ofenda;

que a falta de fundamentos

del oro, que no hace caso,

ni admite merecimientos,

por no casar mal, me caso

con mis mismos pensamientos.

Mira tú, siendo mi hermana,

y no con mayor tesoro,

si es la elección que haces vana  
cuando Amor con flechas de oro  
hiere, por lo que en él gana.

Si el duque a amarte se mueve,  
tomará a censo tu honor;  
mas mira que si se atreve,  
no hay noble buen pagador  
ni es príncipe el que no debe.

LISENA:           ¿Basta a que de la grandeza  
de una excelencia admirar  
le dé ocasion la pobreza?

Pues aun más te has de espantar  
cuando me llames alteza.

DIANA:           Anda, necia.

LISENA:                       Ese retrato

*Sácale*

antes que leas el papel,  
diga si verdad te trato.

DIANA:           A Sigismundo veo en él.

LISENA: Y antes que pase gran rato,  
verás el original  
de ese gallardo traslado.

DIANA: En amor tan desigual  
donde el pincel ha firmado,  
recelo algún grande mal.

Sigismundo es heredero  
de Carlos, rey de Bohemia;  
Tú, hija de un caballero,  
a quien la Fortuna premia,  
más en sangre que en dinero.

El Rey espera a Leonora,  
de Hungría infanta, y tan bella,  
que hasta la envidia enamora,  
oara que case con ella  
el príncipe que la adora.

Por ella en Belgrado está  
su hermano el infante Alberto,  
y deben de llegar ya  
pues si el casamiento es cierto  
de quien retratos te da,  
¿qué puedes tú pretender

de tan desigual amor,  
ni qué alteza puede haber  
que no derribe tu honor,  
no siendo tú su mujer?

LISENA: Satisfágate a esa duda  
ese papel, que ya puedes  
ver discreta y guardar muda  
oara que segura quedes  
y Amor a mi dicha acuda.  
Y sin hacer más espantos,  
callando tu discreción,  
advierte en favores tantos  
que es carta de obligación  
pero no con "sepan cuantos";  
que en saberlo pocos, creo  
que el fin que espero verás  
y de mi honra el empleo.

DIANA: ¡Qué satisfecha que estás!

LISENA: Veráslo si lees.

DIANA: Pues, leo.

*Lee*



*"Mi padre el rey, prenda mía,  
me da esposa y no sois vos,  
como si Amor, siendo dios,  
preciase estados de Hungría.  
Antes que llegue este día  
esta noche Amor concierto  
daros la posesión cierta  
que a Leonora os adelanta  
porque en viniendo la infanta,  
halle cerrada la puerta.  
La mano os tengo de dar  
sin poner mi amor por obra  
que no soy como el que cobra  
sin intención de pagar.  
Sólo os quiero asegurar  
que en honesto amor me fundo  
y que, desmintiendo al mundo,  
contra el gusto y el poder,  
sabe amar sin ofender  
a su esposa, --Sigismundo."*

A tan segura firmeza,  
tan nunca visto valor,  
tan no esperada grandeza,  
¿qué mucho triunfe tu amor  
de la mudanza y pobreza?  
Sólo Sigismundo es  
quien nombre puede adquirir  
de amante firme y cortés  
que el hacer junta al decir  
y da afrenta al interés.  
Ya por él perfeto queda  
el amor, a quien obliga  
a que estimarse en más pueda,  
que estaba lleno de liga  
como la baja moneda  
y en el fuego del valor  
con que su fama acredita  
sabe apartar del amor  
la mezcla del apetito  
para acendrarle mejor.  
A amar tu pobreza vino,  
quilatando su decoro;

que amor desnudo y divino  
cuanto está más limpio de oro,  
tanto es más perfeto y fino.

Injuria, hermana, me has hecho  
el tiempo que no me has dado  
cuenta de tu honra y provecho.

LISENA: Aunque amor comunicado  
dicen que dilata el pecho,  
temí la envidia, Diana,  
que te pudiera causar.

DIANA: No es mi inclinación villana.

LISENA: No, mas es propio envidiar  
una hermana a la otra hermana.

DIANA: Pues ¿puédeme estar mal, di,  
que en Bohemia el reino goces?

LISENA: Ya lo ves

DIANA: Pues que de mí  
lo que te quiero conoces,  
deposita desde aquí  
secretos dentro la esfera  
de mi pecho que, constante,  
verte ya reinar quisiera.

LISENA: Mal sabrás, no siendo amante,  
saber servir de tercera.

DIANA: Todo el ingenio lo alcanza.  
mas dime, ¿qué tanto ha  
que entre el temor y esperanza  
el príncipe por ti está  
dando guerra a la mudanza?

LISENA: Que me quiere bien, ha un año  
me jura, y que yo lo sé  
un mes.

DIANA: ¡Sufrimiento extraño!  
¿Y quién el Mercurio fue  
de este provechoso engaño?

LISENA: Harto humilde, te prometo.  
Gascón, lacayo de casa,  
a falta de otro sugeto,  
es arcaduz por quien pasa  
nuestro amoroso secreto.  
El príncipe le ha pegado  
parte de su discreción  
y de él el alma fiado.

DIANA: Tiene buen humor Gascón.

LISENA: Bien conmigo lo ha mostrado;  
pues entre burlas y veras,  
introducir ha sabido  
en mi pecho estas quimeras.

DIANA: De ordinario, hermana, han sido  
las gracias lindas terceras.  
No desecha ripio Amor,  
que es dios muy aprovechado,  
pues al humilde favor  
de un hombre bajo, ha obligado  
de Sigismundo el valor.

LISENA: Y tanto, que él solo tiene  
de su secreto la llave.  
Con él solo a verme viene  
de noche; que otro no sabe  
la pena que le entretiene.  
De manera que es de día  
de nuestro padre criado  
de los de menor cuantía;  
pero de noche privado  
del que menosprecia a Hungría.

DIANA: Milagros del amor son,

que coronas atropella.

¿Y entra otro más que Gascón  
en la danza?

LISENA:                   Una doncella,  
a quien han dado ocasión  
mis desvelos de acecharme,  
sabe algo de esto también.

DIANA:        No haces, pues, mucho en fiarme  
tu pecho, si otros le ven.

LISENA:        No ha bastado el recatarme.

DIANA:        ¿Fue Carola la curiosa?

LISENA:        Sí, hermana; mas solo sabe  
que de mi pena amorosa  
es el dueño un hombre grave  
que me sirve para esposa;  
sin que del príncipe tenga  
ni sospecha ni noticia  
ni conmigo al jardín venga.

DIANA:        Importa que a la malicia  
Amor discreto prevenga.  
Princesa has de ser, en fin.

Y ¿por dónde te entra a hablar?

LISENA: Llave tiene del jardín.

DIANA: Seguro puede llegar,  
si eres tú su serafín.

Y mi padre, estando ausente,  
no estorbará tu ventura,  
que el cielo, hermana, acreciente.

LISENA: Mira qué alegre murmura  
esta jardín, esta fuente;  
pues entre dientes me avisa  
que el príncipe viene ya.

¿No ves aumentar su risa?

¿No ves el olor que da  
el suelo en que flores pisa?

Pues todas señales son  
de que Sigismundo ha entrado.

DIANA: ¡Sabrosa exageración!

*Salen SIGISMUNDO y GASCÓN, como de  
noche,  
hablando en el fondo*

SIGISMUNDO: La noche se ha desojado  
en ver mis dichas, Gascón.

Ojos son esas estrellas,  
con que hecha un Argos pretende  
ver mi amor por todas ellas.

GASCÓN: Pues luminarias enciende,  
tus bodas anuncia en ellas.

SIGISMUNDO: Agradécele el favor  
con que a ayudarme ha venido  
vestida de resplandor.

Dila algo.

GASCÓN: En mi vida he sido  
culto versificador;

mas pues tú lo mandas, vaya.

Zarca antípoda de Febo  
que hecho este jardín Pancaya

para alumbrarle de nuevo  
bordas de estrellas tu saya;

tú que al amante prometes  
favores como al ladrón

y acompañando corchetes  
como si fueras jubón



estrellas traes por ojetes;  
tú que sustentas con ellas  
ya el favor y ya el desdén  
y mientras brillas centellas  
haciendo el cielo sartén  
sus yemas rubias estrellas;  
bien pudiera, pues que vuelas  
con tan estrellado bulto  
decirte --y aun lo recelas--  
con cierto poeta culto  
que estás llena de viruelas  
o que como eres curiosa,  
entre el resplandor hechizo  
nos muestras la cara hermosa  
con tanto lunar postizo  
que ya pecas de pecosa;  
pero sólo digo, en fin,  
que más bella que otras noches  
vienes hoy a este jardín  
llena de dorados broches  
desde el copete al chapín  
y que de los cielos bellos

donde es bien que te rotules,  
pudieras, a sufrirlo ellos  
por lo que tienen de azules,  
cortar cambray para cuellos.

SIGISMUNDO: Anda, necio.

GASCÓN: Al uso es esto.

LISENA: ¡Ay Diana! Vesle allí.

DIANA: Despejarte quiero el puesto  
hasta que sepa de ti  
que soy de Amor tan honesto  
medianera.

LISENA: La luz mato.

DIANA: Haces bien. Aquí te espero;  
que siempre es cuerdo el recato.

LISENA: ¿Y el papel?

DIANA: Guardarle quiero,  
envuelto en él el retrato.

*Échase DIANA en la manga el retrato y el  
papel, y apártase a un lado*

LISENA: ¡Príncipe!

SIGISMUNDO: Lisena mía,  
ya es medio día, ya en verte  
se ausentó la noche fría.

GASCÓN: (Veremos de aquesa suerte  
Aparte  
estrellas al mediodía.)

SIGISMUNDO: Recelos húngaros son  
los que el deseo apresuran,  
pues para satisfacción  
del amor que en ti aseguran,  
te entregan su posesión.

Dicen que viene la infanta  
a injuriar merecimientos,  
mi bien, de hermosura tanta;  
y para que impedimentos  
con que Amor niño se espanta  
mi dicha no hagan dudosa,  
mi esperanza determina,  
Lisena del alma hermosa,  
que esta noche sea madrina,  
y tú mi adorada esposa.

LISENA: El crédito has restaurado,  
príncipe, que en los señores  
por no pagar se ha quebrado;  
pues siendo todos deudores,  
tú pagas adelantado.

No estados podré ofrecerte  
cual la infanta, Sigismundo,  
aunque mi amor es de suerte  
que tiene cual mar profundo  
infinitos en quererte.

Rey serás desde este día  
de un alma humilde que adora  
tu amorosa cortesía,  
puesto que envidio en Leonora  
no el amarte sino a Hungría.

Mas ya que en estados reales  
más ilustre la haga Dios,  
consolaránse mis males  
en que a lo menos las dos  
somos en almas iguales,  
y en esto mi dicha fundo,  
más que ella en su real blasón

pues siendo de Sigismundo,  
estimo más tu elección  
que las coronas del mundo.

SIGISMUNDO: Paguen esa fe, Lisena,  
mis brazos, de Amor tusón.

Noche alegre, quinta amena,  
si porque mis bodas son  
sin testigos, os dan pena,  
padrino el silencio sea;  
estos cuadros, reales salas,  
que himeneo alegre vea;  
las flores, telas y galas,  
que teja y vista Amaltea;  
mis deseos, convidados;  
músicos, aquestas fuentes  
y arroyos de Amor templados,  
que den tono asus corrientes  
y hagan fugas por los prados;  
vos, jazmín, murta, arrayán,  
aromas que al aura pura  
fragancia en sus flores dan...

GASCÓN: Y yo vendré a ser el cura

o al ménos el sacristán.  
Deja el arroyo templado,  
el arrayán, murta y flor,  
viento, fuente, jardín, prado  
--que has de darle cuenta a Amor  
de ese tiempo mal gastado--  
y empieza tus aventuras;  
que si Amor anda con venda  
en fábulas y pinturas,  
es porque siempre encomienda  
al amante que obre a escuras.  
Estas violetas que ves,  
su tálamo os pueden dar,  
si agora alfombra a tus pies.  
Solos os quiero dejar;  
que al tronca de aquel ciprés  
me espera un sueño liviano,  
y darle dos filos quiero.  
Tahur es Amor tirano,  
este jardín tablajero;  
jugad los dos mano a mano,  
y tiraos como enemigos

los restos; que yo os prometo  
que estáis picados, amigos.

*Apártase GASCÓN*

SIGISMUNDO: Al Amor llamó un discreto  
escritura sin testigos.

No hace su honesta lucha  
de anfiteatros caso  
donde mira gente mucha.  
Dadme pues...

LISENA: Príncipe, paso;  
que hay aquí quien os escucha.

No solo os imaginéis;  
que mi ventura ha traído  
un testigo que estiméis  
y a serlo agora ha venido  
de la merced que me hacéis.

Diana fue salteadora  
de los secretos de Amor  
y, aunque sus leyes ignora,

ensalza vuestro valor  
y vuestra grandeza adora.  
Dadla licencia que os hable.

SIGISMUNDO: Gracias le debe este gusto  
por ella comunicable.

LISENA: A mi amor honesto y justo  
el cielo se muestra arable,  
pues todos le favorecen.  
Hermana, el príncipe os llama.

*Llega DIANA*

DIANA: Tantas mercedes me ofrecen  
con que ensalce vuestra fama  
las glorias que os engrandecen,  
gran señor, que puesta en duda,  
para no haceros agravio,  
cuando a alabaros acuda,  
podré decir con un sabio  
que la copia me hizo muda.  
Que como la admiración



es del silencio señal,  
me ha causado confusión  
el ver que un sujeto real,  
digno de veneración,  
cual vuestra Alteza, se agrada  
de realzar nuestra bajeza.

Aunque no ignoro espantada  
ser propio de la grandeza  
el dar ser a lo que es nada.

SIGISMUNDO: Vos lo habéis dicho tan  
bien,

que a pesar de la opinión  
que culpa vuestro desdén,  
la hermosura y discreción  
hermanarse en vos se ven.

Estimad vuestra ventura;  
que porque os llevéis la palma,  
quiere que rindáis segura  
con la discreción el alma,  
los ojos con la hermosura.  
Y no reinos, ni riqueza  
creáis que son el tesoro,

Diana, de más grandeza.  
Los diamantes, plata y oro,  
se crían en la aspereza  
de una infrutífera sierra;  
las perlas que el mundo estima,  
una concha las encierra;  
la púrpura que sublima  
la vanidad de la tierra,  
es sangre de un vil pescado;  
las piedras que el sol congela,  
un monte las ha criado;  
las sedas de tanta tela,  
que dan soberbia al brocado,  
un gusanillo pequeño  
las hila de sus entrañas.  
Sacad su valor del dueño.  
Las monarquías extrañas  
que la ambición funda en sueño,  
tal vez dan blasones reales  
a un bárbaro sin razón;  
mas no dotes naturales  
de hermosura y discreción

porque esos son celestiales.  
Y pues esto os engrandece,  
dejad la admiración ya;  
que mi elección apetece  
en más lo que el cielo da,  
que lo que la tierra ofrece.

*Sale CAROLA*

CAROLA:           (¡Válgame Dios por señora,  
Aparte  
por amor y por jardín!  
Desde que el sol el mar dora,  
hasta que con su carmín  
sale el alba a ser pintora,  
¿desvelada y quimerista  
enjardinada has de estar?  
No hay quien al sueño resista,  
y ya de puro velar  
se me entorpece la vista.  
Divorcio hace con la cama

Lisena, y da en jardinera;  
y con ser de un galán dama,  
y haberme hecho su tercera,  
sé que adora, y no a quién ama.

Pues procúrese guardar  
de mí; que siendo mujer,  
bien pudiera adivinar  
que reviento por saber  
y, en sabiendo, por hablar.

Escucbarélos de aquí.

GASCÓN: (Carola es ésta: tentarla  
quiero.) ¡Ah, mi reina!

CAROLA: ¡Ay de mí!

¿Quién es?

GASCÓN: Quien por adorarla,  
vive en ella y no esta en sí.

Tierna comunicación  
a su señora entretiene  
aquí. ¿Habrá conversación?

CAROLA: ¿Luego él con su amante viene!

GASCÓN: Vengo por su motilón

y por servidor leal  
de esa cara.

CAROLA:                    Apartesé;  
que ese nombre huele mal.

GASCÓN:        Es de noche, y me vacié.

CAROLA:        Diga "agua va," pesia tal,  
y hable más limpio, si intenta  
que no me vaya.

GASCÓN:                    Yo busco  
una trucha con pimienta,  
una viña con rebusco,  
y una huéspedada sin cuenta.

CAROLA:        Pues yo, hermano, no pretendo  
a quien busca gangas muchas,  
y que me pesque definiendo,  
porque no se cogen truchas...  
Ya lo entiende.

GASCÓN:                    Ya lo entiendo.

CAROLA:        Si rebusco busca en viña,  
no hay en mí qué rebuscar;  
que estoy en cierce, y soy niña  
en agraz por madurar...

GASCÓN: (Si lo jura su basquiña...)

Aparte

CAROLA: ...huéspedada soy; mas si intenta,  
cuando disgustos despueblo,  
comer, irse, y no hacer cuenta,  
pique; que cerca está el pueblo  
y no hay posada en la venta.

GASCÓN: Discretaza eres. Ser quiero  
perdigón de tu reclamo.

CAROLA: ¿Quiero, dijo? ¡Ay qué grosero!  
Sepamos quién es su amo  
y quién es él; que me muero  
de este antojo, y, podrá ser,  
que algun monipodio hagamos.

GASCÓN: Vaya, pues has de saber...

CAROLA: ¿Tan presto nos tuteamos?

GASCÓN: Soy hombre y eres mujer.

CAROLA: ¿Quién son los dos? Que recelo  
que nos quieren dar papilla.

GASCÓN: Caballeros, vive el cielo  
sino que éste lo es de silla  
y yo caballero en pelo.

A medias gano salario  
de dos amos por su turno  
a quien sirvo de ordinario:  
de adelantado al diurno  
y a esotro de secretario.  
Causaráte maravilla  
este modo de servir;  
pues advierte que en Castilla  
por mí se vino a decir  
lo de aquella seguidilla:

*"Dime qué señas tiene,  
niña, tu hombre"  
"Lacayito de día  
bufón de noche."*

CAROLA:           Tan en ayuno me quedo  
de saber quién es, como antes.

¿Quién es su señor?

GASCÓN:                           No puedo  
decirlo; que en los amantes  
el secreto quita el miedo;

mas si me das un favor,  
todo lo desbucharé.

CAROLA: ¿Qué quiere?

GASCÓN: ¿No hay cinta o flor,  
guante de la mano o pie,  
y otros dijes de amor?

CAROLA: Díerale yo este listón;  
mas pediráme el que trato  
cuenta de él, y con razón.

GASCÓN: Lo contado come el gato.  
¿Es el dichoso Gascón?

CAROLA: ¿Gascón? ¡Gentil desatino!  
¿Yo amores con un gabacho  
que a casa en *puribus* vino?

GASCÓN: ¿En *puribus*?

CAROLA: Es borracho  
y anda en cueros como el vino;  
mas cúmplame a queste antojo  
y hele aquí.

GASCÓN: Venga el listón;  
que ya de celos me enojo.  
¿Ha de olvidar a Gascón,



y escogerme á mi?

CAROLA: Sí escojo.

GASCÓN: ¿Olvidarále?

CAROLA: ¡Jesú!

Dale ya por olvidado.

GASCÓN: ¿No es monazo?

CAROLA: De Tolú.

GASCÓN: ¿No es un puerco?

CAROLA: Socarrado.

¿Qué falta?

GASCÓN: Escupirle.

*Escupe*

CAROLA: ¡Pu!

GASCÓN: (La mitad de tu apellido

Aparte

escupiste.) Digo pues,

ya que obligarme has querido,

que este caballero es...

CAROLA: ¡Ay Dios!

GASCÓN: ¿Qué sientes?

CAROLA: Ruido.

¡Lisena, señora mía,  
tu padre en casa!

LISENA: ¡Ay de mí!

SIGISMUNDO: ¿El pesar tras la alegría?

DIANA: Véte, gran señor, de aquí.

GASCÓN: (La fiesta se queda fría.)

Aparte

SIGISMUNDO: Ya, mi bien, que sois mi  
esposa,  
no temo siniestro fin.

Adiós mi Diana hermosa.

LISENA: La puerta está del jardín  
abierta.

*Vase SIGISMUNDO*

GASCÓN: Pues es forzosa,  
la amistad que hemos trabado,

¿cómo te llamas?

CAROLA: Carola.

GASCÓN: Dolor de tripas me has dado;  
mas por esa causa sola  
traeré el cuello escarolado.

*Vase GASCÓN. Salen ORELIO, con una hacha encendida, hablando aparte con FISBERTO, viejo*

FISBERTO: ¿Hombre, dices que salió del jardín?

ORELIO: ¿No ves abierta la puerta?

FISBERTO: Y con ella abrió sospecha a mi agravio cierta quien en él de noche entró.

Alumbra. ¿Quién está aquí?

LISENA: ¡Oh, señor! Seas bien venido.

FISBERTO: Vine y vi; mas no vencí, pues miro el honor perdido

que industrioso conseguí.

¿Qué hacéis las dos a tal hora  
y en tal sitio?

LISENA:                               Es el calor  
del sueño enemigo agora  
y huyendo de su rigor,  
pedimos alivio a Flora.

FISBERTO:           ¿Y abrístele, para echalle,  
la puerta?

DIANA:                               Lugar seguro  
es el jardín, sin cerralle,  
pues sale el postigo al muro  
y no a la plaza y la calle.  
Deja agora, señor, eso  
y dinos si traes salud.

FISBERTO:       Que lo imaginé confieso;  
mas la falta de virtud  
quitan la salud y el seso.  
La que yo tenía era cierta  
pero tan mal me ha tratado  
quien darne muerte concierto,  
que el honor me ha registrado



suele causarme temor.

Mi hermana, ya es cosa cierta

lo que su fama procura.

No culpes jardín ni puerta.

FISBERTO: Sin puerta aun no está segura

la honra en mujer y huerta,

cuanto y más haciendo prueba,

abriéndola, del rigor

con que un viento se la lleva;

que a Adán le quitó el honor

estando en un jardín Eva.

Estáis en jardín, y crece

el deseo, y cuando vaya

al natural que apetece,

podréis decir que bien haya

quien a los suyos parece.

Carola, di la verdad.

¿Quién era el que estaba aquí?

CAROLA: Yo, señor...

*FISBERTO saca la daga*

FISBERTO: De mi crueldad  
entenderás...

CAROLA: ¡Ay de mí!

Uno de la vecindad  
buscaba--aquesto es sin duda--  
de parte de la comadre...  
deja la daga desnuda...  
para cierto mal de madre,  
unos cogollos de ruda.

FISBERTO: Vive el cielo, que ha de ser  
hoy sepulcro este jardín  
vuestro, o tengo de saber  
qué hombre, o para qué fin  
acabáis de hablar y ver.

DIANA: Ya no se puede esperar  
tanta afrenta y vituperio.

¿Eso se ha de imaginar  
de mí? Iréme a un monasterio,  
y podráste asegurar.

FISBERTO: ¡Ah mujer, al fin lijera!

DIANA: Por no serte inobediente,

me voy.

*Hace que se va, y tiénela FISBERTO de la manga  
donde escondió el papel*

FISBERTO:           ¿Dirás que es quimera  
lo que yo he visto? Detente.  
¿Qué papel es éste? Espera.

*Sácale el papel y el retrato*

DIANA:           ¿Es nuevo traer papeles  
en la manga una mujer?

FISBERTO       ¿Cuándo tú traerlos sueles?  
Bueno! ¿Estudios vengo a ver  
de plumas y de pinceles?

*Lee*



Regalado está el papel,  
y el príncipe en su retrato  
se muestra amoroso y fiel.  
¿Eres tú la del recato,  
la desdeñosa y crüel?  
¿Creyendo a un príncipe estás,  
que mañana ha de casarse?  
¡Bien tu sangre honrando vas!  
¿Papeles que han de rasgarse  
cobras, cuando tu honra das?  
¿Es más aquesta pintura  
de un papel en que trabaja  
el engaño, pues procura  
la deshonra en su baraja  
darte un rey sólo en figura?  
Da crédito a firmas fieles,  
funda en ella tus cuidados;  
sabrás, cuando más reevles,  
que a mujeres y a soldados  
paga un príncipe en papeles.  
¿Eres tú la recatada?

LISENA: (Ya lloro de mi secreto  
Aparte  
la dicha desbaratáda.)

*Aparte a LISENA*

DIANA: Por sacarte de este aprieto,  
tengo de ser la culpada.

FISBERTO: ¿Y tú, Lisena, a terciar  
en mi afrenta te enseñaste?

¡Bien te sabes estimar!

LISENA: Al punto que aquí llegaste,  
acababa yo de entrar,  
el hombre que salir viste,  
de mí debió de irse huyendo,  
el tiempo que tú veniste;  
mas de aquí saco y entiendo  
que en un engaño consiste  
cualquier vana hipocresía.  
Ya sabemos a que fin  
se echaba a dormir de día



y en retrato a Sigismundo.  
¡En gentil reina había puesto  
Bohemia su monarquía!  
Castígala, señor, presto.

*A DIANA aparte*

Perdóname, hermana mía,  
que, me va la vida en esto.

*Vanse LISENA y CAROLA*

FISBERTO: Quien loca imposibles prueba,  
y a subir se desvanece  
a donde el viento la lleva,  
cuando caiga, bien merece  
que cualquiera se le atreva.  
De ese retrato te asombra,  
si a cobrar tu seso vienes,  
pues si su esposa te nombra

y, en sombra al príncipe tienes,  
princesa serás en sombra.  
Y mientras yo voy a hablar  
al rey y a poner cordura  
a quien te viene a burlar,  
descarta aquesa figura  
y tu honor podrás ganar.

*Vanse FISBERT y ORELIO*

DIANA:            ¡Gentil fraterna me jan dado!  
Basta, que llevo la pena  
de lo que nunca he pecado;  
mas como reine Lisena,  
yo lo doy por bien empleado.  
Con este enredo codicio  
darle a Amor su posesión;  
pues de tercera es mi oficio,  
seré amante en opinión  
pues no puedo en ejercicio.

*Vase DIANA. Sale en REY de Bohemia, viejo, y ALBERTO, infante*

ALBERTO: Una jornada, gran señor, de Praga

queda Leonora, infanta, donde espera el palio real, que en parte satisfaga la ausencia de su patria, en ella fiera.

Si Amor servicios de este modo paga, y el príncipe la dicha considera

que los cielos le ofrecen con Leonora, no a la infanta de Hungría, al sol adora.

Disimula prudente la tristeza

que, a pesar de su industria, por los ojos no agravia, antes aumenta su belleza;

que suelen ser afeite los enojos.

Causarálos mudar naturaleza,

si ya no es que acierten los antojos de quien afirma, más que fuera justo,

que se casa la infanta a su disgusto.

Tibio también a Sigismundo advierto

en estas bodas. Poco se disfraza.

Al camino creímos que encubierto  
saliera a ver la infanta y que la caza  
su amor coloreara; mas lo cierto  
es que en otros empleos se embaraza  
voluntad que a tal tiempo es tan remisa  
si Amor a los principios todo es prisa.

REY:               Pues bien, ¿qué me querrás decir  
por eso?

ALBERTO:       ¡Ay Rey! ¡Ay padre! Si el princi-  
pio mío

tu sangre fue, y es cierto que intereso  
de ella el amor, por quien vivir confío;  
si aquesta mano que obediente beso,  
por afrentar larguezas de Darío,  
con que al monarca macedón excedes,  
se llama mano por manar mercedes.

Ansí al bohemio reino jamás falte  
tu vista venerable; ansí preserve  
el tiempo tu vejez sin que le asalte  
decrépito rigor que en ti reserve;  
ansí la eternidad su trono esmalte

en esa plata, donde se conserve  
una vida inmortal, sin que venganza  
des jamás al olvido y la mudanza;  
que el reino del Amor no tiranices,  
ni voluntades con violencia enlaces;  
que no la fuerza doma las cervices  
del tálamo himeneo que deshaces.  
Cuando campos de plata esterilices  
que entre los lazos de amorosas paces  
hijos producen con que eterno queda,  
no habrá quien en los reinos te suceda.  
Yo, padre caro, que a Leonora adoro  
y en sus ojos recíprocos colijo  
correspondiente gusto, en lazos de oro  
de sus cabellos mi prisión elijo.  
Sigismundo no la ama. Si el decoro  
de mi vida te mueve, el ser tu hijo  
y no me quieres presto llorar muerto  
agrada a Sigismundo. Obliga a Alberto.  
Acción tengo a Sajonia; en su conquista  
feliz, asiste el español don Sancho;  
ya dicen que ha rendido a escala vista



las poblaciones de su término ancho  
y, como tu rigor no lo resista,  
si con Hungría su ducado ensancho,  
la fama vencerás de tus mayores  
y dejarás dos reyes sucesores.

REY:                No merece respuesta quien no  
estima

palabras reales que respeta el mundo.

Tu necio amor sus ímpetus reprima  
sin culpar el que tiene Sigismundo;  
que ni Leonora el suyo desestima  
ni tú, que en nacimiento eres segundo,  
cuando en Sajonia por su duque quedas,  
es justo que como él, un reino heredes.

ALBERTO:        Pues, ¡vive el cielo...!

REY:                Loco, ¿qué es aquesto?

ALBERTO:        Que si a otro que a mí su esposo  
llama...

REY:                ¡Tú conmigo atrevido y descom-  
puesto!

¡Hola! ¿No hay gente aquí?

ALBERTO:        ...que en viva llama



¿Qué será? ¡Válgame el cielo!  
Llegáos aquí y excusad  
preámbulos y rodeos.

FISBERTO: La noticia que de mí  
os dieron mozo mis hechos,  
gran señor, aunque olvidada,  
no del todo se habrá muerto.

De ella habréis ya colegido  
la lealtad con que os sirvieron  
mis nobles progenitores,  
imitándolos yo en esto.

Testigo el pobre caudal  
con que su opinión sustento;  
que privar y salir pobre  
limpio nombre da, aunque nuevo.

Hanme quedado dos hijas  
con cuya vista consuelo  
servicios no bien pagados  
si no es en merecimientos.

REY: ¿Querréis, Fisberto, pedirme  
sus dotes? Yo os los concedo.

¿Es éste el caso importante?

FISBERTO: No dotes, señor, pretendo;  
que los de naturaleza  
tienen y los que las dieron  
sus nobles antepasados,  
que son los que estimo y precio.  
Bástales ser hijas mías;  
que si nobles casamientos  
mi vejez apeteciera,  
no viniera a lo que vengo  
ni algún príncipe faltara  
que, llamándose mi yerno,  
ensalzara prendas mías  
hasta su trono supremo.  
Diana, que es la mayor,  
y en los altos pensamientos  
mi natural semejanza,  
tan sublimes los ha puesto  
que el príncipe Sigismundo  
es, gran señor, por lo menos,  
el blanco de su esperanza  
y de su amor el sujeto.

REY: No será la primer loca

que dando en esos extremos  
con príncipe bodas finja  
y pare su tema en reinos.

¿Qué quieres decirme más?

FISBERTO: Por locura pasara esto,  
si el príncipe, gran señor,  
no hubiera sido el primero  
que, a pesar de inconvenientes,  
menospreciando conciertos  
que con la infanta Leonora  
por él en Hungría has hecho,  
persuadiera la entereza  
de Diana al fin honesto  
con que la iglesia permite  
vivir un alma en dos cuerpos.

REY: ¿Sigismundo con Diana?

FISBERTO: Ésta es verdad.

REY: Anda, necio.

Ya sé que se ha concertado  
contigo el infante Alberto  
para que me persuadas  
que el príncipe, aborreciendo

a Leonora, pronostica  
infeliz su casamiento.

FISBERTO: De mi hacienda vine anoche,  
hallé mi jardín abierto,  
vi salir un hombre de él  
y estar mis dos hijas dentro.  
Sospechas averigüé;  
que en este papel perdieron  
el nombre, pues ya no son  
sospechas indicios ciertos.

*Dale al REY el papel y el retrato, y  
mírale*

Léele, y mira este retrato  
y si tomas mi consejo,  
no con alborotos hagas  
agravio al sabio silencio;  
que yo casaré a Diana,  
buscando algún caballero  
igual a su sangre y dote

con la brevedad que veo  
que para este caso importa;  
y puesto este impedimento  
volverá el príncipe en sí.  
Será de la infanta dueño,  
y yo quedaré premiado  
con que sepan que he antepuesto  
la lealtad a una corona  
que me daba reyes nietos.

REY:           Fisberto, si yo supiera  
el valor que en ese pecho  
atesora tu lealtad,  
tú ocuparás otro puesto;  
mas yo enmendaré descuidos.  
Tomar quiero tu consejo  
sin que, cual dices, enojos  
publiquen lo que es secreto.  
Bien me parece que cases  
a Diana, y que sea luego;  
que en el peligro presente  
es el más arduo remedio;  
pero ha de ser de mi mano

el esposo; que ya quiero,  
aunque tarde, comenzar  
a pagar lo que te debo.

Don Sancho de Urrea merece,  
por noble, pues descendieron  
de los reyes de Aragón  
los que a su casa ser dieron;  
por valeroso, cual muestra  
Sajonia, por cuyos hechos  
rendida me reconoce;  
por su noble entendimiento,  
y por su edad, no liviana,  
como en los años primeros,  
cuya mudable inquietud  
mil mal casados ha hecho,  
sino en madurez viril,  
que los gustos Himeneos,  
para que duren felices,  
tasa sabio, y goza cuerdo;  
y, en fin, porque yo le estimo  
y darle estados pretendo  
que el ambicioso murmure



y no indignen al discreto,  
me parece que será  
merecido y justo empleo  
de tu lealtad y mi gusto.

FISBERTO: Agradecido te beso,  
gran señor, tus pies reales;  
que a medida del deseo,  
dueño a mi casa has cortado.

*Salen SIGISMUNDO, ALBERTO, y GASCÓN,  
hablando aparte  
los tres*

SIGISMUNDO: Los brazos te diera, Alberto,  
a no estar mi padre aquí,  
por ver que en la infanta has puesto  
los ojos, y amando estorbas  
este odioso casamiento.

De mi parte está seguro;  
porque al paso la aborrezco  
que en otra parte idolatro.

GASCÓN: Príncipe, ¿no ves aquello?  
Retrato, viejo y papel  
te acusan.

SIGISMUNDO: Ya sé el enredo,  
Gascón, que en ayuda mía  
anoche hicieron los cielos.  
La sospechosa es Diana,  
de mi amor y, por lo menos,  
Lisena estará segura.

GASCÓN: Amor todo es embelecós.

REY: Príncipe.

SIGISMUNDO: ¿Señor?

REY: ¿Qué aguardas  
si está tu esposa en mis reinos  
y una jornada de aquí  
que a verla no vas?

SIGISMUNDO: Sospecho...

REY: No hay que sospechar. Al punto  
parte y quítala recelos;  
que tu descuido habrá dado  
materia a su llanto y celos.

*Hablan aparte SEGISMUNDO y ALBERTO*

SIGISMUNDO: ¿Qué responderé?

ALBERTO: Que vas

A verla, y juntos podremos,  
contra caducos enojos,  
entablar nuestros sucesos.

REY: ¿No partes?

SIGISMUNDO: Ya, Señor, parto.

REY: Fisberto, venid; que tengo  
que deciros muchas cosas  
concernientes al bien vuestro.

*Vanse el REY y FISBERTO*

SIGISMUNDO: Quédate, Gascón.

GASCÓN: De día

soy vigilia de este viejo  
pues siempre le voy delante.

SIGISMUNDO: ¿Y de noche?

GASCÓN:

Tu linterno.

*Vase GASCÓN*

SIGISMUNDO: Partamos, pues, que Leonora y Hungría serán de Alberto, o no seré Sigismundo.

ALBERTO: Pon en mi cara dos hierros.

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

ACTO SEGUNDO

---

*Salen el REY, SIGISMUNDO, ALBERTO, LISENA, FISBERTO, GASCÓN, y DIANA y don SANCHO, de novios*

REY:                No poco contento estoy,  
noble Sancho, bella Díana,  
pues la hermosura alemana  
al valor de España doy;  
que de tan justos amores,  
de tal marido y mujer,  
me prometo han de nacer  
valerosos sucesores,  
que honrar mi reino procuren  
y en la venidera edad  
tengan en pie la lealtad  
y esta corona aseguren.  
Y pues de la parte vuestra  
ya está cumplido mi gusto,  
de la mia será justo  
que de mi largueza muestra  
de que soy buen pagador.  
Sancho, servicios os debo,  
dignos que al estado nuevo  
que gozais, haga favor.



y ya al otoño me allego,  
aunque al amoroso fuego  
de esta belleza me abraso,  
por más que la adoro tierno,  
temo, aunque el alma la doy,  
ver que en el otoño estoy,  
y a las puertas de mi invierno.

Mas pues vuestra majestad  
por cuenta suya ha tomado  
el darme esposa y estado,  
y ella, aunque en tan tierna edad,  
por esos estorbos pasa,  
tengo por cierto, y es justo,  
que reducirá su gusto  
al gusto de quien nos casa.

FISBERTO: Diana, conde, es discreta,  
y conmigo ha consultado  
cuán bien dice con su estado  
vuestra edad sabia y discreta,  
respondiendo yo por ella  
a vuestra excusada duda;  
que en tal acción el ser muda

hace a la novia mas bella.  
En la juventud ha hecho  
el Amor prueba infalible  
de que es más apetecible;  
mas no de tanto provecho  
como la viril edad,  
medio entre extremos viciosos;  
pues si campos viste hermosos  
la joven amenidad  
del verano, y da en tributo  
las flores que un aire seca,  
el otoño cuerdo trueca  
sus flores en fértil fruto  
que a Ceres y a Baco alegre  
sin que la vejez le espante,  
porque a un otoño abundante  
se sigue un invierno alegre.  
Y así en el símil que toco,  
Diana, que es de este acuerdo,  
os ama por moral cuerdo,  
más que por almendro loco.  
DIANA:            Habló mi padre por mí



como mi padre en efeto.  
En su gusto comprometo  
todo el del alma que os di,  
rindiendo al rey, mi señor,  
las gracias de haberme honrado;  
que de tal mano, tal dado,  
tal premio, de tal valor.

REY:               Pues aun no os he dado a vos  
ninguna cosa, condesa.

DIANA:           Lo que mi esposo interesa,  
es, gran señor, de los dos.

REY:               No, razón es que por él  
las arras pague; y así  
os llamaréis desde aquí  
duquesa de Florabel.

*Llegan a besar la mano al REY don SANCHO,  
DIANA,  
FISBERTO y LISENA*

FISBERTO:       Dénos vuestra majestad

los pies.

REY: Lisena, ¿también

llegáis vos? Pero, hacéis bien.

¿Mercedes queréis? Alzad;

que de Mons la baronía

para dote vuestro os doy.

LISENA: A Alejandro excedes hoy.

*SIGISMUNDO habla aparte a LISENA*

SIGISMUNDO: ¡Ay prenda del alma mía!

¡Con qué venturoso engaño

de mi padre se ríe Amor!

Estorbos pone el temor

en mi provecho y su daño.

¡Casando a Dïana, entiende

que lo he de estar con Leonora!

Que eres tú mi esposa ignora

y, creyendo que me ofende;

no sabe que me asegura

cuando baronías te dé



a vuestro gusto...

SEGISMUNDO: Andad, conde.

SANCHO: ¿Qué causa a tal disfavor  
he dado yo?

SIGISMUNDO: Bueno fuera  
darme cuenta a mí, si es ley  
que a vuestro príncipe...

SANCHO: El rey  
Nuestro señor...

SIGISMUNDO: Bien pudiera  
el rey, mi padre...

REY: ¿Qué es esto?

SIGISMUNDO: Sentimientos justos son.

GASCÓN: (¡Oh príncipe socarrón! Aparte

¡Miren qué mustio se ha puesto!)

REY: ¿No basta ser gusto mío?

SIGISMUNDO: Basta y sobra; pero...

REY: Andad,

y a su casa acompañad  
los novios, infante. El brío,  
príncipe, que os descompone,

ya yo sé de dónde nace.

Quien tan mala elección hace,  
y a riesgo palabras pone  
de su padre y rey, merece...

SIGISMUNDO: ¿Puedesme dar más castigo  
que el que ahora usas conmigo?

REY: Paso.

SIGISMUNDO: Si intentas...

REY: ¡Parece

que los daños que prevengo,  
te dan causa de atreverte!

Pues si eres príncipe, advierte  
que otros hijos sin ti tengo  
que me sucedan después,  
y que sabré a alguna alteza,  
cortándole la cabeza,  
humillarla hasta mis pies.(

*Vase el REY*

SIGISMUNDO: Eres padre. No ha lugar

a que contra ti me ofenda.

*Al irse SIGISMUNDO pasa por junto a LISE-  
NA y hablan  
aparte*

¡Ay mi bien!

LISENA: ¡Ay cara prenda!

SIGISMUNDO: Todo esto es disimular.

SANCHO: (No entiendo aquestas eni-  
mas.) Aparte

ALBERTO: Vamos, Condes.

*Hablan aparte DIANA y LISENA*

DIANA: ¡Qué discreto  
guarda el príncipe el secreto,  
Lisena, que en él estimas!

LISENA: Prudentemente ha fingido  
lo que que me case siente.

FISBERTO: (Estorbé este inconveniente dando a Diana marido.

Ahora que tiene dueño,  
el mirará por su honor.)

SANCHO: (¡Ay inconstante favor,

Aparte

cera al sol, tesoro en sueño!

¿Privar hoy y temer ya?)

GASCÓN: (¡Gentil enredo va urdido!)

Aparte

SANCHO: (¡De mí el príncipe ofendido!

Aparte

¡Válgame Dios! ¿Qué será?)

*VANSE todos. Sale el marqués*

*ENRIQUE*

ENRIQUE: Dos meses ha que importuno  
y ausente, Amor, te has cansado,  
porque ausente y olvidado  
ya yo sé que todo es uno.

Principios tuve dichosos  
que habrá deshecho la ausencia,  
pues siendo correspondencia  
los deseos amorosos  
que la firmeza celebra,  
¿quién los fiará de mujer  
si en la ausencia es mercader  
que en faltando el caudal, quiebra?  
Bien llamarte fuego intenta,  
Amor, quien tus llamas siente  
porque el fuego al que está ausente  
ni le abrasa ni calienta.  
Y al cabo de tantos días  
que Lisena no me vio,  
¿quién duda que no dejó  
mi amor, ni aun cenizas frías?  
Mandóme que fuese el rey  
a ver al emperador;  
partí por su embajador;  
su gusto tuve por ley.  
Y habiendo en principios sido  
venturoso pretendiente



de su amor, estando ausente,  
ya todo se habrá perdido;  
pues consintiendo en ventura  
el amar y el pleitear,  
¿Qué suerte puede esperar  
el que pierde coyuntura?  
Si otra vez mi dicha pruebo,  
bien sé que mi amor dirá  
"Pretendiente que se va,  
que vuelva a empezar de nuevo."  
Hacedlo así, pensamientos;  
que cuando halláis derribada  
la fábrica comenzada,  
en pie os quedan los cimientos.

*Sale GASCÓN, sin ver a ENRIQUE*

GASCÓN:            ¡Brava máquina levanta  
sobre un engaño el Amor!  
Peón soy de esta labor.  
Cantera traigo que espanta.

Al príncipe vengo a dar  
un recado de Lisena  
que es la cal de aquesta arena  
con quien se intenta mezclar;  
y temo, aunque ando a destajo,  
si el rey sabe este edificio,  
que la obra ha de hacer vicio  
y ha de cogermme debajo.

ENRIQUE: (Éste pienso que es criado  
del padre de quien adoro.  
Lo que sospecho e ignoro  
sabré de él.) Hola, hombre honrado.

GASCÓN: Hombre, sí; que esotro no.

ENRIQUE: ¿No sois honrado?

GASCÓN: Con "hola"

no, que la honra viene sola;  
y como "hola" me llamó,  
no puedo ser hombre honrado;  
que las "honras," como es cierto,  
se suelen hacer a un muerto,  
pero nunca a un "oleado."

ENRIQUE: ¡Buen humor gastáis!

GASCÓN: Por casto

los malos sudé primero  
y a falta de otro dinero  
humor es sólo el que gasto.

ENRIQUE: ¿No servís vos a Fisberto?

GASCÓN: Inmediatamente, no:  
sirvo a sus caballos yo  
porque los pulo y concierto.

ENRIQUE: ¿Sois lacayo suyo, en fin?

GASCÓN: En fin, no lo quiera el cielo.  
Ser despensero es consuelo  
que esotra plaza es ruín.

Basta que hasta aquí me vea  
dando sus caballos ripio  
y ser lacayo al principio  
sin que al fin también lo sea.

ENRIQUE: A estar en mi casa vos,  
yo os cumpliera ese deseo  
porque en vuestro trato veo  
donosas cosas, por Dios.  
No debéis de conocerme.

GASCÓN: Si os saco por el olor,

me vais oliendo a señor.  
Y si es que habéis menesterme  
entre discreto y bellaco  
os serviré de podenco  
para todo lo mostrenco;  
que por el olor lo saco.  
Porque nunca los señores,  
sino en las comedias, hablan  
con lacayos, si no entablan  
por sus medios sus amores.

ENRIQUE: Vos habéis dado en lo cierto.

GASCÓN: ¡Miren si lo dije yo!

Si es Diana la que os dio  
en las mataduras, muerto,  
o matado estáis en vano,  
porque todo su desdén  
paró en casarse, aunque bien,  
con uno, que ni es verano  
ni invierno.

ENRIQUE: ¿Casada está?

GASCÓN: Como venís de camino,  
en todo sois peregrino.

La mano a don Sancho da  
de Urrea, y es ya duquesa  
de Florabel y Alba Real.

ENRIQUE: Es don Sancho muy leal,  
y la sangre aragonesa  
que ser le dio conocida,  
y de reyes decendiente.

GASCÓN: Si fuérades maldiciente,  
hiciérades de su vida  
otro *Flos Sanctorum*.

ENRIQUE: Soy  
de don Sancho muy amigo  
y de sus hechos testigo.

GASCÓN: Las gracias por él os doy  
y colijo que no estáis  
de Diana enamorado  
pues celos no os han picado,  
y a su marido alabáis.

ENRIQUE: Acertáis como discreto.

GASCÓN: Según eso, de Lisena  
debéis de ser alma en pena,  
y que lo erráis os prometo;

que aunque el gusto os alborota  
por las galas con que viene,  
dicen que mas faltas tiene  
que seis juegos de pelota.  
Yo, como ladrón de casa  
y que hablo con las doncellas  
tal vez que asisten con ellas,  
sé lo que en aquesto pasa.  
Si adoráis madejas rizas  
de sus espurios cabellos,  
ajenos son los mas de ellos;  
trae pantorrillas postizas;  
tiene muchos excrementos,  
muchos hoyos de viruelas;  
hase sacado tres muelas  
de achaque de corrimientos.  
Tiene giba, bien que es poca,  
calza diez puntos de pie,  
y lo peor que de ella sé  
es que la olisca la boca.  
Y con todo eso, mil locos  
andan muertos por su amor,

y estimaran por favor  
que les diera un par de mocos.  
Principalmente anda muerto  
cierto título por ella,  
que por casarse con ella  
habló a su padre Fisberto.

ENRIQUE:           ¿Cómo? qué decís? ¿Quién es  
quien se casa con Lisena?

GASCÓN:       (¡Picóle!)                               Aparte

ENRIQUE:           Aquesta cadena  
ha de ser el interés  
por quien me habéis de decir  
quién es el que se desposa.

GASCÓN:       (No hay cosa mas provechosa  
Aparte  
como un discreto mentir.)

Ello ha de ir por aquí ya  
aunque entredicho me han puesto.  
Sabed que es el duque Arnesto  
el que concertado está,  
y el que a excusas de su padre  
ha hecho las escrituras.

ENRIQUE: ¡Ciertas son mis desventuras!

GASCÓN: Si celos son mal de madre,  
y vos os sentís celoso,  
una tostada tomá...  
y tras ella...

ENRIQUE: Calla ya,  
coronista malicioso;  
que aunque la ausencia crüel  
haya podido mudarla,  
solamente ha de gozarla  
el marqués de Oberisel.

*Vase ENRIQUE*

GASCÓN: ¡Oste, puto! ¿El conde es éste  
de Oberisel? El sobrino  
del rey? ¡A mal tiempo vino!  
Paciencia el príncipe preste,  
si Enrique hablando a Fisberto  
quiere ser el desposado;  
que éste ama a lo declarado,



y el príncipe a lo encubierto.  
Por disuadirle su amor,  
faltas en ella fingí  
y el picón al marqués di  
del nuevo competidor  
que con Lisena se casa.  
A muchas cosas me atrevo;  
pero todo se lo debo  
al príncipe; pues si pasa  
adelante este embeleco,  
se trueca en reales y escudos,  
Gascón, lacayo en menudos.  
¿Paréceles barro el trueco?

*Sale SIGISMUNDO*

SIGISMUNDO: (Amor, de este laberinto,  
si tú la mano me das,  
saldré seguro.) ¿Aquí estás,  
Gascón?

GASCÓN: Como se lo pinto.

SIGISMUNDO: Quimeras dificultosas  
ha levantado mi amor.

GASCÓN: De príncipes es, señor,  
intentar terribles cosas.

Diana y Lisena están  
en este engaño conformes  
y dicen que te transformes  
en un fingido galán  
de Diana, y en nombre suyo  
corresponderá Lisena  
entreteniendo tu pena  
para que si el padre tuyo  
acaso tu amor supiere,  
vea que es mujer casada  
la dama que es de ti amada  
y que si casarte quiere  
con Leonora, no podrá  
impedirlo aqueste amor.  
Dejando a salvo su honor,  
licencia a aquesto te da;  
que a trueco de ver su hermana  
reinar en Bohemia, intenta

tomar su amor por su cuenta  
y así, ya sea en la ventana,  
ya en papeles, ya en acciones,  
y sujeto de tu amor  
es Diana en lo exterior,  
si bien en las intenciones  
Lisena tu gusto obligue.  
Será amor en tal quimera,  
"a ti te lo digo, nuera... "  
y lo demás que se sigue.

SIGISMUNDO: ¡Qué de ello debo a Diana!  
El cielo me favorece;  
premio excelente merece  
quien hace tan buena hermana.  
Fingirme su galán trato,  
y con debido secreto  
guardar el justo respeto  
que pide el cuerdo recato  
de don Sancho, que es su esposo  
y el vasallo más leal  
de Bohemia, y haré mal  
si vive por mí celoso.

GASCÓN: A eso voy; que es cosa llana  
si le damos ocasión,  
que ha de echar el bodegón  
don Sancho por la ventana.  
Yo estoy en casa, y por mí  
pasará aqueste embeleco;  
que soy como puerto seco.  
Lo que la he de decir di;  
que aguarda como a las doce  
la campana el motilón.

SIGISMUNDO: Esta noche mi afición  
quiere que la dicha goce  
de que hable a la ventana.  
Dile a mi Lisena bella  
que salga a las once a ella,  
que se finja Diana;  
que por ella la he de hablar.

GASCÓN: Basta, que en esta quimera  
es Gascón la lanzadera.  
¡Alto; urdir, y enmarañar!

*Vanse los dos. Salen el REY y*

*ALBERTO*

ALBERTO:           Luego que vio a Leonora Sigismundo

y en ella el cielo mismo transformado,  
trocó el primero amor por el segundo;  
y la infanta, que es toda amor y agrado,  
si tibia su descuido la tenía,  
desvelos dio de nuevo a su cuidado.

Yo que la truje, gran señor, de Hungría  
y en la continuación de su presencia,  
veneno daba al alma cada día.

No pude hacer tan fuerte resistencia  
que no diese esperanzas al deseo,  
bien que pagando costas la paciencia;  
pero, pues la ama Sigismundo, y veo  
que ella se muestra noble, agradecida  
a tu palabra y su amoroso empleo,  
de pensamientos mudaré y de vida;  
que no imposibles del amor escojo,  
ni en tus remos la paz es bien que impida.  
Si me perdonas el pasado enojo  
y esta mano me pones en los labios,

ya que a tus pies con humildad me arrojé  
jamás saldrá de tus consejos sabios  
mi debida obediencia ni, atrevidos,  
ofenderán tus canas mis agravios.

REY:               A defectos, Alberto, conocidos,  
siendo yo padre, no hay dudar que ofrezca  
abrazos por enojos, entre olvidos;  
que el príncipe, ya cuerdo, no aborrezca  
lo que tan bien le está, me satisface,  
y que a su amor Leonora el suyo ofrezca;  
pero no los extremos con que hace  
Sigismundo que entienda el caso poco  
que de lo mucho que le quiero nace.  
Di a Diana a don Sancho porque loco  
con desigual amor, ofensa hacía  
a mi palabra real; y aunque no toco  
otros inconvenientes que podría,  
basta la enemistad que ocasionaba  
entre Bohemia, y su vecina Hungría.  
Por esto, ¿es bien cuando de ver acaba  
la infanta, que me dices que ya adora,  
y en su hermosura mi elección alaba,

viendo a don Sancho con Diana agora,  
en nudo conyugal e igualdad cuerda  
público hacer lo que mi corte ignora?

¿El respeto es razón que así me pierda  
el príncipe? ¡A su padre, Sigismundo!

¡Bien su obediencia con mi amor concuerda!

ALBERTO: No en tanta culpa como juzgas  
fundo

su repentino enojo, si prudente  
miras la mocedad que diste al mundo.

Vio a su dama casada de repente,  
llegando en tal suceso descuidado;  
quísola bien; no sale fácilmente  
amor en muchos días arraigado.

Sintiólo. ¿Qué te espantas? Ya se olvida,  
y el alma a su Leonora ha dedicado.

REY: ¿Es muy hermosa?

ALBERTO: (Aquí venís nacida,  
Aparte  
mentirosa invención.) Es un retrato  
de Lisena.

REY: ¿De quién?

ALBERTO: No vi en mi vida en el cuerpo, en la cara, y en el trato dos símiles tan grandes. Esto es cierto. La verdad verás presto que te trato.

REY: ¿De Lisena, la hija de Fisberto

ALBERTO: Ésa es otra Leonora, otra belleza, y un tanto monta suyo.

REY: Suele, Alberto, de cuando en cuando hacer naturaleza, aunque es en variar tan admirable, igual conformidad de su destreza. No es el primero ejemplo--aunque es notable-- el que has visto en Leonora y en Lisena. Siempre la semejanza ha sido amable. Pero ¿cómo la infanta entrar no ordena en mi corte?

ALBERTO: De industria lo dilata; que su hermano, señor, la trae con pena. Vladislao, a quien la suerte ingrata en lo último tiene de la vida, antes que el tiempo el oro trueque en plata, es la ocasión que de su boda impida



las fiestas que la aprestas, por agora,  
porque quiere que en todo sea cumplida  
si muere Vladislao, y triste llora  
su joven falta, cuando el reino hereda,  
¿cómo podrá gozar fiestas Leonora?

REY: Es la infanta muy cuerda. Tiempo  
queda

en que heredando el reino, que ya es cierto,  
con sus bodas mi corte alegrar pueda.

Iréla a visitar mañana, Alberto,  
por ver lo que a Lisena se parece.

ALBERTO: Y está puesto en razón.

REY: Saldré encubierta.

*ALBERTO mira adentro*

ALBERTO: El príncipe es aquéste.

REY: Pues se ofrece  
a tan buena ocasión, hablarle a solas  
pretendo. Véte, infante.

ALBERTO: (Alegre crece

Aparte

mi tímida esperanza entre tus olas,  
Amor, piélago inmenso. Dame ayuda  
pues sigo las banderas que enarbolas.

No mudes tu bonanza. Si se muda  
el mar que con borrascas se levanta,  
el viento en popa de tu gracia acuda.

La infanta quiero, Amor; dame la infanta.)

*Vase ALBERTO. Sale SIGISMUNDO, por una  
puerta, y don*

*SANCHO por otra, y quédese viendo al REY  
hablar con el  
príncipe SEGISMUNDO*

SANCHO: (El príncipe se ha indignado

Aparte

porque de Diana soy  
dueño, y aunque de ella amado,  
si fe, sospechas, os doy

armas daré a mi cuidado.  
Mas el rey está con él.  
A darle satisfacción  
venía... sospecha crüel,  
dejad mi imaginación;  
que alteráis su quietud fiel.  
No revolváis tantas cosas,  
todas contra mi sosiego;  
que si pasiones celosas  
de amor alteralc el fuego,  
mis penas serán forzosas.  
Oír quiero lo que tratan.

REY:           Príncipe, si a libertades  
que descompuestas maltratan  
las reales autoridades  
y de amor las llamas matan,  
hubiera de dar castigo.  
Mi enojo experimentaras,  
no hijo, sino enemigo,  
tanto que otra vez no osaras  
descomponerte conmigo.  
Mas soy tu padre, y así

templo leyes del rigor,  
que me inclinan contra ti  
porque está embotando Amor  
hilos que al enojo di.

Hámele en parte templado  
el haberme dicho Alberto  
que de opinión has mudado,  
y si, como afirma, es cierto  
que a Leonora el alma has dado  
y dejando otras quimeras,  
hacer mi gusto codicias  
trocando burlas en veras,  
yo te perdono, en albricias  
de que ya a la infanta quieras.

SIGISMUNDO: No puedo negar, señor,  
que cuando en Diana vi  
menospreciado el amor  
que la he tenido...

SANCHO: (¡Ay de mí! Aparte  
¿Qué oís, combatido honor?)

SIGISMUNDO: Sin consultar la prudencia  
que justos respetos mira,

ofendí tu real presencia  
dando ocasión a tu ira  
mi alterada inadvertencia.  
Mas lo que mi dicha gana  
conozco y que se mejora  
mi elección, hasta aquí vana,  
pues restauro con Leonora  
lo que perdí con Diana.

REY:                No con eso satisfecho  
das sosiego a mi cuidado.  
Experiencia larga he hecho  
que de un amor arraigado  
reliquias conserva el pecho.  
Nunca sale de raíz  
una pasión encendida;  
que en el hombre más feliz,  
aunque se sane la herida,  
se queda la cicatriz.  
Solo en ti no ha de haber tal;  
porque tu amorosa pena  
ha de ser--o haráslo mal--  
como quien pisa la arena

para borrar la señal.

Ya yo sé que de tal suerte  
Diana te dio cuidado,  
que a no impedirlo la suerte,  
tú vivieras mal casado  
y aceleraras mi muerte.

Lo que en el jardín pasó  
sé también, y que por poco  
te hallara en él, cuando entró  
Fisberto, y de tu amor loco  
los claros indicios vio.

Él, con prudencia y recato,  
dio a su hija igual marido,  
y ella a ti te da en barato,  
pues juego su amor ha sido,  
este papel y retrato.

Don Sancho es noble y leal;  
Diana es ya su mujer.  
Tú tienes esposa igual;  
ángel de guarda ha de ser  
suya mi respeto real.  
Si contra su honor porfías

y otra vez encender piensas  
memorias que afirmas frías,  
de don Sancho las ofensas,  
no son tuyas, sino mías.  
Ella tiene esposo honrado,  
y para que no la ofendas,  
tu papel te da, y traslado;  
que pues te vuelve las prendas,  
su amor ha desempeñado.  
Si en papeles y pinturas  
censo su amor quiso echar  
y redimirle procuras,  
ya como censo al quitar  
te vuelve las escrituras.  
Rásgalas; que en esto fundo  
tu dicha, y no seas ligero;  
que en agravios, Sigismundo,  
si te perdono el primero,  
no sé lo que haré al segundo.

*Déjale al príncipe el papel y el  
retrato, y vase*

SIGISMUNDO: (Todo lo va haciendo Amor  
Aparte  
a medida del deseo.)

SANCHO: (¡Ay sospechoso temor!  
Aparte

¡Que mala información veo  
sustanciar contra mi honor!  
Jardín, retrato y papel  
tienen mi ventura en calma,  
siendo en pleito tan crüel  
tres enemigos del alma,  
y tres testigos en él.  
¿Esto es, cielos, ser casado?)

*Sale GASCÓN*

GASCÓN: Brevemente, que me llama  
cierta prisa...



SANCHO: (¿No es criado                    Aparte  
te  
de mi casa éste?)

GASCÓN:                    ...a tu dama  
di, príncipe, tu recado,  
y responde que te espera  
esta noche en la ventana.  
Prosigue con tu quimera,  
y hablarás una Diana  
que es tercera y es primera;  
Que aunque en casa hay nuevo dueño;  
tú eres más antiguo en ella,  
y estotro en tiempo pequeño,  
aunque tiene esposa bella,  
por más bello tendrá el sueño,  
pues no hay más blandos colchones  
para dormir, que los años.

SIGISMUNDO:    Gascán, las obligaciones  
pagaré de estos engaños.

GASCÓN:        Honrarás a los GASCÓNes.  
¿Qué es lo que metes ahí?

SIGISMUNDO:    El retrato y el papel,

que a mi amado dueño di.

*Hace que los echa en la faltriquera y cáensele al suelo*

GASCÓN: Que diera en tierra por él  
esta máquina entendí;  
pero bien se ha remediado  
a costa de un casamiento  
un condado y un ducado.

SIGISMUNDO: Díerale yo, Gascón, ciento,  
por salir de este cuidado.  
Vamos, que ya es tarde, y quiero  
vestirme de noche.

GASCÓN: Y yo,  
que te sirvo de tercero,  
¿tengo de medrar?

SIGISMUNDO: ¿Pues no?

GASCÓN: ¿De lacayo a caballero?  
¡Bravo salto!

SIGISMUNDO: Ya te vieras

rico, si no me importara  
tanto, Gascón, que estuvieras  
en su casa.

GASCÓN: Es cosa clara,  
porque a no estarlo, no hubieras  
logrado tanta fatiga.

Si medro de aquestas trazas,  
por armas pondré una higa,  
y a sus lados dos almohazas  
con una letra que diga,  
"Para Carola."

SIGISMUNDO: ¿A qué fin?

GASCÓN: Háceme trampas.

SIGISMUNDO: ¿Y tú  
las sufres?

GASCÓN: No, que es ruín.  
Escupióme y dijo, "¡puh!"  
Testigo todo un jardín.

*Vanse los dos*

SANCHO:            Qué bien, honra, os acomoda  
el rey, autor de mi queja,  
pues casándome, aun no os deja  
gozar el pan de la boda!  
Mi tragedia escuché toda.  
¡Nunca el rey me diera estado,  
mujer, privanza y ducado!  
Pues si me desacredita  
y advierte lo que me quita,  
¿qué vale lo que me ha dado?  
La mujer más noble y bella  
¿qué valor nunca ha tenido;  
pues al más bajo marido  
le dan dineros con ella?  
La privanza que atropella  
títulos, ¿de qué interés,  
cielos rigurosos, es,  
pues en el más alto puesto  
para que caiga más presto,  
de grillos sirve a los pies?  
¿De qué estima es el estado

que el rey puede dar mejor?  
¿Ni qué valdrá, si el honor  
cae por él de su estado?  
Honra, cuanto nos han dado,  
todo os incita a caer:  
La privanza es Lucifer  
que cae al paso que sube,  
el estado rayo en nube,  
torre en viento la mujer.  
El retrato y papel son  
éstos que a mis pies están.  
Cayéronsele, y querrán  
a mis pies pedir perdón.  
Mas no; que en esta ocasión  
donde su ser mi honra pierde,  
áspid entre la flor verde  
mi desventura los llama;  
que porque muera mi fama,  
sube al pecho, y el pie muerde.  
Casóme el rey sin mi gusto;  
Diana es moza y hermosa,  
mi edad poco apetitosa

lazo desigual e injusto;  
mozo el príncipe y robusto  
sin respetos el poder;  
él amante, ella mujer,  
y conformados los dos...  
Honra, sospechadlo vos;  
que yo no os oso ofender.  
En el jardín ¿no se vieron?  
¿Luego es cierto? Calla, lengua;  
que publicarán mi mengua  
las paredes que te oyeron.  
¡Ay cielos! Si allí estuvieron...  
y el príncipe gozar pudo...  
Al pronunciar esto, un ñudo  
de mi garganta es cordel;  
mas dígalo este papel  
que da fácil y habla mudo.

*Lee*

*"Mi padre el rey, prenda mía*

*me da esposa, y no sois vos,  
como si Amor, siendo Dios,  
preciase estados de Hungría."*

No es deidad la tiranía.

Ese atributo condeno;

justicia guarda el que es bueno.

De Diana soy señor.

O no os llaméis dios, Amor,

o no apetezcáis lo ajeno.

Lee

*"Antes que llegue este día,  
esta noche Amor concierto  
daros la posesión cierta..."*

¿Qué aguardáis, sospecha fría?

¡Posesión! ¡Ay honra mía!

¡Justo temor os espanta!

Lee

*"Porque en viniendo la infanta  
halle cerrada la puerta."*

La muerte la hallará abierta,  
si averiguo afrenta tanta.

*Lee*

*"La mano os tengo de dar  
sin poner mi amor por obra;  
que no soy como el que cobra  
sin intención de pagar."*

Volved, honra, a respirar;  
que si contra el común uso  
su amor por obra no puso  
y vos os quedáis en pié,  
yo, honra, os defenderé  
sin que me tengáis confuso.

*Lee*



*"Sólo os quiero asegurar  
que en honesto amor me fundo."*

Mentido habéis, Sigismundo,  
pues me queréis deshonorar.

¿Qué crédito os puedo dar,  
papel, viendo que mintió  
la mano que os escribió?

¿A quién creerá, aunque lo ignora,  
si intenta gozarla agora,  
que entonces no la gozó?

No leo más. En conclusión,  
de mi sospecha haré alarde;  
que no hay amante que guarde  
palabras en la ocasión.

Valientes excusas son  
las que este papel me enseña;  
pero no es señal pequeña  
las prendas que en contra están,  
que adonde prendas se dan,  
alguna cosa se empeña.

Vos, retrato, habéis estado

en su poder y su pecho  
y, habiendo asiento en él hecho,  
la posada habéis pagado.  
No sois vos el descartado,  
sino yo; que a toda ley  
si el Amor no guarda ley,  
¿quién duda, aunque os halle aquí,  
que me descartará a mí,  
por quedarse con un rey?  
Esta noche se han de hablar.  
Ya Sigismundo previno  
el traje a su desatino.  
¡Honor, hacer, y callar!  
El silencio sabe obrar;  
indicios he visto llanos;  
si a pensamientos livianos  
obras aplica en mi mengua  
Diana, calle la lengua  
porque el honor todo es manos.

*Vase don SANCHO. Salen DIANA y  
LISENA*

DIANA: En fin, ¿esta noche, hermana, viene Sigismundo a hablarte?

LISENA: Y el nombre tengo de hurtarte siendo sólo en él Diana.

DIANA: Provechosa es la invención.

LISENA: Sí, que si a saberlo viene el rey, que sólo ojo tiene a que llegue a ejecución el casarle con Leonora; viendo que ya tú lo estás e impedirlo no podrás.

Cuando sepa que te adora, reparará poco o nada; pues cuando te ame y le quieras, lo que doncella impidieras no lo has de impedir casada.

DIANA: Deseo tanto, te prometo, esto de verte reinar, que en fin, como ha de durar poco, y con tanto secreto,

consiento en aqueste engaño,  
como no toque al decoro  
de don Sancho; que le adoro  
ya como si hubiera un año  
que por dueño le deseara.

Tan señor se hizo de mí  
que desde que no le vi  
como si un siglo tardara,  
maldiciones echo al sol  
porque su curso no pasa;  
que en fin de noche está en casa.

LISENA: Es discreto y español.  
Hace gran ventaja España  
en amar, a otras naciones;  
que fértil es en varones.

DIANA: Don Sancho, Lisena, engaña  
los años con el buen gusto,  
la alegre conversación,  
la apacible condición;  
y yo, en fin, que de esto gusto,  
vivo contenta y segura  
sin que me inquieten desvelos;

que Amor mozo, todo es celos  
y el mío todo es ventura.

LISENA: ¡Ay qué casada tan buena!  
El Amor lleve adelante  
amor tan fino y constante.

DIANA: Y porque el tuyo, Lisena,  
no pierda ocasión por mí,  
irme y dejarte pretendo.

Mi honra y nombre te encomiendo

LISENA: ¿Pones más que el nombre aquí?

DIANA: ¡Corre riesgo, y me da pena!  
Guárdamele, y no te asombre  
porque quien tiene mal nombre,  
nunca cobra fama buena.

*Vanse las dos. Salen ALBERTO y SIGIS-  
MUNDO, de  
noche*

ALBERTO: Hice al rey creer, en fin,  
que Lisena de la infanta  
era, príncipe, un retrato,  
y admirable semejanza.

Creyólo, y determinó  
irla a visitar mañana  
a Valdefiores, en donde  
tendrán fin estas marañas.  
Leonora que mis deseos  
con otros iguales paga  
y procura reducirlos  
al yugo que Amor enlaza,  
sabe todas estas cosas,  
y a cuantos tiene en su casa,  
porque por ellos no pierda  
nuestra maranosa traza.  
Ha mandado que prosigan  
con este engaño y aguarda,  
para industrialarla en el caso,  
que lleves alla tu dama.  
Comunicará con ella  
las acciones y palabras,  
que al rey tiene de decir  
para que no caiga en falta;  
y porque no se descubra  
esta ficción por su causa,

encerrándose, no quiere  
que entre nadie a visitarla.  
Esto excusa con decir  
que no es razón, siendo hermana  
del príncipe Vladislao  
cuya muerte malograda  
sabe ya por cosa cierta,  
dar a visitas entrada  
divirtiéndolo el sentimiento,  
que es justo la aflija el alma.  
Como ha tan poco que vino  
y llegó tan recatada  
que no hay ninguno en Bohemia  
que le haya visto la cara,  
por todo el reino ha corrido  
esa mentirosa fama  
y todos creen en la corte  
que en Lisena se retrata.  
Lo que falta, hermano, agora,  
es que con brevedad vaya  
y a Leonora comunique,  
pues es poca la distancia,

que supuesto que su padre,  
de la corte y de su casa  
ausentándose, se emplea  
ya en su hacienda, ya en la caza,  
diciendo que parte a verla  
y, ayudando a esto Diana,  
sin dar lugar a sospechas,  
dulce fin tendrán tus ansias.

SIGISMUNDO: Peregrino ingenio tienes.

¡Disposición extremada  
y a medida de mi gusto!  
Con Gascón haré avisarla;  
que no fío este secreto,  
aunque agora vengo a hablarla,  
supuesto que oyen las piedras  
de paredes y ventanas.  
Mas oye, que viene gente.

*Hablan bajo los dos. Sale ENRIQUE de  
noche*



ENRIQUE:      (¿Posible es, Lisena ingrata,  
Aparte  
que en una ausencia tan corta,  
olvidándome, te casas?  
Mas es poderoso Arnesto.  
Un duque ¿qué no contrasta?  
Una ausencia ¿qué no olvida?  
Un interés ¿qué no alcanza?  
Quien no parece, perece.  
Ausente el fuego, no abrasa;  
anublado el sol, no alumbrá;  
la ausencia es nube pesada.  
Comenzábate a servir;  
tú a quererme comenzabas;  
si me ausente a los principios  
y lo poco casi es nada,  
¿qué me quejo, qué te culpe?  
Maldiga Amor la embajada.  
El camino Amor maldiga,  
y al rey que de ella fue causa.  
Pero ¿qué gente es aquésta?  
Mas si el duque a Lisena ama,

y es justicia Amor que ronda,  
mi pregunta fue excusada.

Mataréle. Pero no;

que si los celos me agravian,  
celos con celos se vengan  
no con desiguales armas.)

¡Ah de la calle! ¿Quién son?

SIGISMUNDO: ¿Quién lo pregunta?

ENRIQUE: Quien pasa  
desde el amor al olvido.

SIGISMUNDO: ¡Extraordinaria distancia!

ENRIQUE: ¡Notable! Pero vos, duque,  
sois ocasión de que la haya  
y que yo entre estos extremo  
experimente desgracias.

SIGISMUNDO: ¿Yo soy duque? ¿Conocéis-  
me?

ENRIQUE: Disimuláis nombre y habla,  
duque Arnesto que, aunque a oscuras,  
los celos son luz del alma.

Ya sé que tan adelante  
lográis vuestras esperanzas

que Fisberto os da a Lisena  
y con vos honra su casa.

SIGISMUNDO: (¿Cómo es esto?)

Aparte

ENRIQUE: Y también sé

que si en la de amor guardaran  
antigüedades, pudiera  
la mía haceros ventaja.

Escrituras tenéis hechas...

¡Ay cielos, quién las rasgara!

En secreto os casáis, duque,  
celos públicos me matan.

Porque vuestro padre viejo  
lo ignore, habéis dado traza

de casaros de esta suerte;

mas como nadie las guarda,

las plumas con que se hicieron

vuestras escrituras, andan

para publicarla a voces

en las alas de la faena.

A ser yo celoso al uso,

vuestras dichas estorbara;

favores mi amor fingiera  
que a Lisena deshonraran.  
Pero no lo quiera Dios;  
que soy noble, y aunque ingrata  
ella, es espejo de honor,  
si ejemplo de la mudanza.  
A servirla comencé;  
principios tuve en su gracia,  
ausentéme, entrastes vos,  
y amores que no se arraigan,  
hiélanse con una ausencia.  
Casáos, Arnesto, gozadla  
pues que sois más venturoso;  
que cuando vos saquéis galas,  
hagáis fiestas, deis libreas,  
podrá ser, y Dios lo haga,  
que os corte funestos lutos  
la muerte que me amenaza.  
Deudo soy cercano vuestro;  
mas si amor deudas os paga  
a letra vista de gustos,  
y en Lisena os da libranzas,

¿qué os importará mi muerte?  
Pues cuando sintáis mi falta,  
nunca mucho costó poco.  
Lo más caro más se ama.  
Logre el cielo vuestra suerte;  
que yo para no estorbarla,  
de vos envidioso y de ella,  
iré a repasar desgracias.

*Vase el marqués ENRIQUE*

SIGISIMUNDO: Alberto, ¿no escuchas esto?  
¿No oyes que a Lisena casa  
en secreto con el duque  
su padre, y que desbarata  
la máquina de mi amor?  
¿No oyes confirmar palabras  
en contratos y escrituras?

ALBERTO: Ya lo oigo.

SIGISMUNDO: Pues ¿qué aguardas,  
infante? Dame la muerte.

Saca aquese acero, saca  
este corazón, primero  
que el duque con esto salga.

ALBERTO: No sé, por Dios, qué sospeche  
de estas nuevas disfrazadas  
sin conocer al autor  
ni el efecto a que se causan.

El duque Arnesto es mi amigo  
y hasta aquí no sé que haya  
tenido amor, que es señal  
que sale luego a la cara.

¿No podrá ser que éste sea  
algun burlón de éstos que andan  
dando picones de noche  
y cifran su trato en gracias?

SIGISMUNDO: No, hermano. Verdades son,  
en mi daño averiguadas  
todas cuantas éste ha dicho;  
ni las finge, ni me engaña.

ALBERTO: Pues bien, cuando verdad sea,  
Lisena ¿está ya casada?  
¿Aborrécete por dicha?

SIGISMUNDO: ¡Ay Alberto! No sé.

ALBERTO: Calla,

y procura hacer de suerte  
que a ver a Leonora vaya;  
que si ella su intento ayuda  
y te desposas mañana,  
¿qué celos hay que te inquietan  
ni qué escrituras que valgan  
contra consumados gustos  
y dichas anticipadas?

SIGISMUNDO: Es así; mas ¿qué sé yo  
si su padre y la mudanza  
habrán hecho lo que suelen?

ALBERTO: Gente siento a la ventana.  
Si es ella, buena señal,  
Sigismundo, es que te ama.

SIGISMUNDO: ¿Y si viene a despedirme!

ALBERTO: ¡Bueno es que te persuadas  
a que Lisena es tan necia  
que más estimación haga  
de un ducado que de un reino!

SIGISMUNDO: No sosegaré hasta hablarla.

*Sale don SANCHO, como de noche, y LISENA,  
a una  
ventana*

SANCHO: (A desengaños tan ciertos

Aparte

y a sospechas confirmadas,  
¿de qué sirve, honor, buscar  
tanto indicio, prueba tanta?

Pero si sois juez, hacedlas;  
que todas son de importancia  
hasta cerrar el proceso,  
y ejecutar la venganza.

¿Si habrá el príncipe venido?  
Mas éste es; que quien agravia,  
y más en casos de honor,  
diligente se adelanta.

La ventana está también  
por mi deshonra ocupada.  
Escuchad, silencio cuerdo;



que el dar voces es infamia.)

LISENA: (Hablar sentí a Sigismundo.)

Aparte

¿Sois vos, Señor.

SIGISMUNDO: ¿Es Dïana?

LISENA: Soy, y no soy.

SIGISMUNDO: Ya lo entiendo;  
mi amor ese enigma alcanza.

SANCHO: (Sospechas, ya no hay excusa.

Aparte

No salieron, honor, falsas  
las nuevas de mis desdichas;  
que no mienten, si son malas.)

LISENA: ¿Cómo estáis, mi bien?

SIGISMUNDO: Quejoso.

LISENA: ¿Por qué ocasión?

SIGISMUNDO: Porque asalta  
mi ventura un dueño antiguo  
que me atormenta y os ama.

SANCHO: (Como soy su esposo yo,

Aparte

y dueño de aquesta casa,

antiguo en años y en penas,  
su dueño antiguo me llama.)

LISENA: ¿Yo dueño antiguo y no vos?

SIGISMUNDO: Sí, crüel, que me amenaza  
con casamientos que estorban  
el lograr mis esperanzas.

SANCHO: (¡De mi casamiento tiene

Aparte

celos! ¡Nunca se enlazara  
mi libertad, ya cautiva,  
en redes que el honor matan!)

LISENA: Yo no conozco otro dueño,  
ni mientras influya el alma  
vida en este corazón,

como amor dentro de llamas  
reconoceré otro esposo,  
ni daré a otro amante el alma,  
que no fuere Sigismundo;  
si es querer probarme, basta.

SIGISMUNDO: Luego el duque que os adora,  
¿no es dueño vuestro?

SANCHO: (¿Qué os falta,

Aparte

sgravios, si a la vergüenza  
por las calles mi nombre anda?

¡Nunca el rey me hiciera duque!

SIGISMUNDO: Disculpas tendréis pensadas;  
diréis que de aquestas bodas  
es vuestro padre la causa.

LISENA: Príncipe, yo no os entiendo;  
si porque ya amáis la infanta  
andáis mendigando excusas,  
no me culpéis, y gozadla;  
que yo me daré la muerte.

SANCHO: (¡Celos le pide la ingrata!)

Aparte

SIGISMUNDO: Diana, si es que a mi amor  
queréis dar debida paga,  
ocasión se ofrece.

LISENA: ¿Cómo?

SIGISMUNDO: Gozándoos.

LISENA: ¿Cuándo?

SEGISMUNDO: Mañana.

LISENA: ¿Dónde?

SIGISMUNDO: Yo os lo avisaré;  
que en la calle es ignorancia  
fiar secretos a piedras  
que tienen ecos y hablan.  
Estad, mi bien, prevenida  
y, pues no teme quien ama,  
no temáis inconvenientes  
y adiós, porque vienen hachas.

*Vanse SIGISMUNDO y ALBERTO*

LISENA: ¿Qué celos, cielos, son estos  
que mi dicha desbaratan?  
Aguardar quiero este aviso,  
y de él sabré estas marañas.  
¿Qué duque es éste, que dice  
Sigisinundo, que me llama  
su esposa? Confusa voy.  
¡Ay noche! ¡Qué de ello engañas!

## Vase *LISENA*

SANCHO: Fuése el príncipe, y entróse  
la que ocasiona mi infamia  
y ciega se determina  
quitarme el honor mañana.  
¡Válgame Dios! ¡Que las leyes  
del mundo fundado hayan  
la honra en una mujer!  
¡En una pluma liviana  
el honor de tanto peso!  
¡Cielo! ¿El matrimonio ata  
con una tan frágil cuerda  
que la más fuerte es de lana?  
A cabo de tantos días,  
honra por mí conservada,  
con tanta industria adquirida,  
ilustre con tanta hazaña,  
¿un pensamiento os destruye?  
¿Un soplo liviano os mata?  
¿Un poco de viento os quiebra?

¿Una mujer os maltrata?  
Mas sois de vidrio; ¿qué mucho  
que si os derriba una ingrata,  
cayendo el vidrio se quiebre,  
y el honor pedazos se haga?  
Mañana me ha de afrentar;  
mañana ha dado palabra  
de poner mi mal por obra.  
Corta es, honor, la distancia.  
Dadle la muerte. Mas ¿cómo?  
Si ve el vulgo mi venganza  
y estando hasta aquí secreto  
mi agravio, le saco a plaza,  
¿satisfaráse así? No,  
que aunque mas le satisfagan,  
en público siempre queda  
la señal donde hubo mancha.  
Secretos, buscad remedios;  
discurrid, industria honrada.  
No sepa de mí ninguno  
cosa con que me dé en cara.  
No ha de haber quien imagine

que una mujer alemana  
osó afrentar atrevida  
la honra y valor de España.  
Pues si hoy no la doy la muerte  
ha de afrentarme mañana;  
si la mato, pregonera  
saldrá en mi ofensa la fama.  
¡Ah peligros del honor!  
¡Nunca yo experimentara,  
a costa de mi sosiego,  
los daños que me amenazan!

*Salen GASCÓN, con un hacha encendida*

GASCÓN:        Esto de aguardar señores  
en el patio y con un hacha  
hecho cofrade de luz,  
por Dios, que es cosa pesada.

*Sale CAROLA*

CAROLA: Gascón, ¿ha venido el duque?

GASCÓN: ¿Quién lo pregunta?

CAROLA: Quien anda

buscando achaques por verte,

Gabacho de mis entrañas.

Un siglo ha que estoy sin ti.

Esto de tener en casa

dueño nuevo, descomulga

de los pajes las criadas;

y tú, como no me quieres

por ocasiones que haya,

aunque hecha un argos me veas

por corredores y salas,

sin volver a mí los ojos

como si yo te injuriara.

Como silla de dosel

te hallo siempre de espaldas.

GASCÓN: Hágase allá. No me toques.

CAROLA: ¡Ay traidor! ¿Así me tratas?

Pues ¿por qué?

GASCÓN: Como es-Carola,



sopean muchos su ensalada.

CAROLA: ¿Celitos?

GASCÓN: Hágase allá;

que la esconderé esta daga,  
si llega, en los menudillos,  
por lo que tiene de vaina.

CAROLA: Si te he ofendido en mi vida,  
un rayo del cielo caiga  
sobre... sobre...

GASCÓN: ¿Quién

CAROLA: El turco.

GASCÓN: Linda pieza, buena lanza,  
¿qué es del listón que la di  
para la cruz, esta pascua,  
a costa de dos raciones?

CAROLA: ¿Listón?

GASCÓN: No estoy para gracias.

CAROLA: ¿El de carne de doncella?

GASCÓN: Ése mismo, mula falsa;

que pierde en ella ese nombre  
y no quiero que le traiga.

¿Qué es de él?

CAROLA: Como me sangré  
de un tobillo, estando mala  
ayer, sirvióme de cinta;  
y el barbero, que mal haya,  
dijo que eran gajes suyos,  
y dísele.

GASCÓN: Si se sangra  
con barberos de palacio  
y listón, a fuer de dama,  
pique; que no pico yo  
vena que está tan picada  
por jardineros bufones.

CAROLA: ¡Ay qué testimonio!

GASCÓN: Vaya,  
y no haga caso de mí,  
que soy...

CAROLA: ¿Qué, Gascón del alma?

GASCÓN: Soy un puerco socarrado  
unque ella no me socarra;  
un monazo de Tolú,  
y como seca en garganta,  
soy escupido.

CAROLA: (¡Oste, puto!) Aparte  
Gascón, ésa ha sido maula.  
(Sopla vivo ha andado aquí.) Aparte  
No hagas caso de palabras,  
borreguito de mi vida.  
GASCÓN: ¡Vive Dios...!  
CAROLA: No chero: encaja.

*Tómale la barba a GASCÓN*

GASCÓN: ¡Que me engaita aquésta así!  
CAROLA: ¡Ay, pichón...! ¡Ay qué barba!  
No te ofenderé otra vez,  
por esta bendita.  
GASCÓN: Basta.  
¿Querrásme, mucho?  
CAROLA: Mu...chísimo.  
GASCÓN: Si tanto en el "mu" te tardas,  
vive Dios, que a perder me echas.  
¿No ves lo que en "mu" me llamas?  
CAROLA: Habló el buey, y dijo "mu."

SANCHO: (¡Miren cuál anda mi casa!

Aparte

Mas ¿qué mucho? Siempre imitan  
las criadas a sus amas.)

*Llegándose a GASCÓN y CAROLA*

¿Qué es esto?

CAROLA: Gascón, señor...

GASCÓN: (Cogido nos ha en la trampa.)

Aparte

SANCHO: ¿Qué hacéis los dos aquí agora?

GASCÓN: Que vinieses aguardaba,  
para alumbrarte.

CAROLA: Yo vengo,

como tanto te tardabas,

a saber si habías venido.

Mi señora me lo manda;

que está llena de recelos

y te espera desvelada.

SANCHO: Andad, subíos allá arriba.

*Vase CAROLA. GASCÓN quiere también retirarse,  
y don SANCHO le llama*

SANCHO: Gascón.

GASCÓN: ¿Señor?

SANCHO: En España

no se usa hablar los criados  
con las doncellas de casa  
tan familiarmente.

GASCÓN: Aquí,

la llaneza de Alemania  
todo esto, señor, permite.

SANCHO: ¡Es su gente en todo llana!

No estés en mi casa más.

Al mayordomo id mañana;  
pagaréos lo que se os debe.

GASCÓN: Si otra vez me vieres...

SANCHO: Basta.

No subáis esta escalera  
de aquí adelante...

GASCÓN: (¡Qué extraña      Aparte  
condición!)

SANCHO:                      Porque en subiendo,  
bajaréis por la ventana.

GASCÓN:      (De volatín me gradúa.)  
Aparte

*Salen DIANA y CAROLA*

DIANA:      Mi bien, esposo quien tarda  
tanto en principios de gustos,  
poco quiere.

SANCHO:                      ¡Oh, mi Diana!

Todas éstas son pensiones  
del palacio y la privanza.  
Yo me enmendaré otra vez  
siquiera por no dar causa  
q que bajen a buscarme  
a la puerta las criadas;

que es bien estén recogidas.

DIANA: Yo me doy por avisada.

SANCHO: (Disimulad, cuerdo honor;

Aparte

vamos, discreta venganza.

Sin lengua os he menester

porque el prudente hace y calla.)

*Vanse don SANCHO y DIANA*

GASCÓN: Carola.

CAROLA: ¿Qué hay?

GASCÓN: Despedido

soy...

CAROLA: Dios le ayude.

*Vase CAROLA*

GASCÓN: ¡Oh, borracha!

¡Ayude! ¿Estornudo yo?

¡Medrado, por Dios, quedaba  
a no tener de repuesto  
un principazo! Bien haya  
el que tiene dos oficios.  
Ya renuncio el de las calzas.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

## ACTO TERCERO

---

*Salen LISENA y DIANA*

LISENA: Hoy se truecan los temores  
que te tienen con tristeza,  
Diana, en gustos mayores.  
Hoy han de llamarme alteza



las dichas de mis amores.  
Hoy ha de envidiarme el mundo  
las glorias que en mi amor fundo  
y mi suerte venturosa  
me tiene de ver esposa  
del príncipe Sigismundo.  
La infanta me envía a llamar;  
vestida estoy de camino  
porque he de representar  
de un ingenio peregrino  
una traza singular.  
Que me parezco a Leonora  
piensa el rey; Gascón agora  
en cochero convertido,  
a darme cuenta ha venido  
de esta industria enredadora.  
Mas si ya te lo he contado,  
¿para qué te lo repito?  
Tú, hermana, el reino me has dado;  
en bronce la fama ha escrito  
el amor que me has mostrado.  
Tú has de reinar, que yo no;

pues jamás el mundo vio  
hermana que tal hiciese  
ni a tal riesgo se pusiese  
cual tú, porque reine yo.

¿No celebras mis venturas?

¿No sientes el bien que siento?

¿Abrazarme no procuras?

DIANA: Con la sobra del contento  
estás diciendo locuras.

Hasta que el fin de tu amor  
asegure me temor,  
no gusto, hermana, de nada;  
que esta muy enmarañada  
y dudosa esta labor.

Parte, Lisena, en buen hora  
y Amor tu suerte asegure.

Habla a la infanta Leonora  
y ¡ojalá no se conjure  
de la Fortuna traidora  
la inconstancia contra ti!

Que para premiarme a mí,  
basta el ver que siendo alteza,

a coronar tu cabeza  
te saca el cielo de aquí.  
Mi padre está en el aldea  
de Florel, y ansí diré  
a mi don Sancho de Urrea  
que a verle vas, porque sé  
que tenerte allá desea.

Melancólico anda, hermana;  
pensativas suspensiones  
hacen mi dicha tirana.

Elévase en las razones;  
no come de buena gana;  
mal esta noche ha dormido;  
óigole hablar entre sí  
aunque nada he percebido.

¿Que he de hacer, triste de mí?  
si algo de aquesto ha sentido,  
y sospechas del honor  
mi crédito en duda han puesto?

LISENA: Desenganos de mi amor  
desharán, hermana, presto  
las nubes de ese temor.

¿Hase mostrado alterado?

¿Mírate, el rostro torcido?

¿Cáusale el hablarte enfado?

DIANA: Don Sancho es cuerdo marido  
y el cuerdo es disimulado.

No sólo no me aborrece,  
sino que aumenta favores,  
galas y joyas me ofrece,  
díceme tiernas amores  
con que el que le tengo crece.

Si pregunto qué ocasión  
le tiene tan pensativo,  
sus brazos respuesta son  
en que amorosa recibo  
segura satisfacción.

Al palacio y la privanza  
culpa y eso debe ser  
porque ninguno la alcanza  
que no le inquiete el temer  
vaivenes de la mudanza.

*Sale GASCÓN, de cochero*

GASCÓN: Ce, Lisena; ce, Diana!

¿Hay coco de quien temblar?

LISENA: Entra.

GASCÓN: De bellaca gana;  
que nunca aprendí a saltar  
y es muy alta esta ventana.

DIANA: Fuera está don Sancho.

GASCÓN: Pues,  
dos damas de nuestra infanta  
y un coche, esperan que des  
principio a ventura tanta.  
Alto, a subir, pues me ves  
en cochero convertido.

LISENA: Hermana, dame esos brazos.

GASCÓN: (Carola, ¿adónde te has ido?

Aparte

Pagaréte a latigazos  
aquel "pu," que me ha escocido.)

DIANA: ¿Adónde está el coche?

GASCÓN: Está

a la puerta del jardín.

Ya es tarde. Acabemos ya;  
que ha de hacerme volatín  
don Sancho si vuelve acá  
y dame prisa esta pena.

DIANA: Vamos; que te quiero ver  
partir a ocasión tan buena  
que princesa has de volver  
yendo no más que Lisena.

*Vanse, y sale don SANCHO*

SANCHO: En peligro, honra ofendida,  
por una mujer andáis.  
a la muerte, mi honra, estáis;  
hoy no más os dan de vida.  
¡Qué sana os conocí yo!  
¡Con qué contento y quietud!  
Mas la honra y la virtud,  
¿cuándo en la mujer duró?  
¡Ay leyes fieras del mundo,

de las de Dios embarazo!

¿Que hoy no más os da de plazo,  
honra mía, Sigismundo?

¿Que hoy os tiene de dar muerte?

¿Que no admite apelación  
su críel ejecución?

Buscaba una mujer fuerte  
Dios, por la boca del sabio;  
mas responderéisle a Dios  
que no sois la fuerte vos,  
pues me hacéis, Diana, agravio.

Hoy no más, honra, hay en medio.

¿Qué hacéis con tan corto espacio?

Quien va enfermando despacio,  
busque despacio remedio;  
que en leyes de medicina,  
no es el médico prudente  
que a enfermedad de repente  
no da cura repentina.

Muera Diana lasciva

hoy, pues afrentarme quiere;  
pero si en público muere,

quedará mi afrenta viva.

Mas no hará que el mundo alaba  
al marido varonil

que su honra en sangre vil  
de los adúlteros lava.

Mas ¿qué sangre habrá que pueda  
lavarla si la divulgo

y en los archivos del vulgo  
inmortal la mancha queda?

Manchas hay que salen luego,  
si aplicarse el jabón sabe

mas ¿quién habrá que se alabe  
de sacar manchas de fuego?

Pero ¡cielos! ¿quién no alcanza  
que la ley del duelo admite,

porque el bonor resucite,  
crueldades a la venganza?

Esto ¿no es el común voto?

Sí, mas si el honor se llama  
frágil vaso de la fama,

vaso que una vez se ha roto,  
aunque le suelde el cuidado,



no cobra el primer valor  
ni es bien que quede el honor  
como vaso remendado.  
Si la doy muerte que asombre,  
la corte, cuando me vea,  
no de don Sancho de Urrea  
conservaré el primer nombre;  
antes de aquí temer puedo  
que cuantos esto supieren,  
dondequiera que me vieren  
me señalen con el dedo  
y digan, "Éste es aquél  
a quien deshonoró su esposa."  
Fama pues tan afrentosa,  
nombre, cielos, tan crüel  
que ha de quedar inmortal,  
¿podré yo borrarle luego?  
No, porque es mancha de fuego  
que no pierde la señal.

*Sale ORELIO, criado*

ORELIO: No es honra muy de codicia  
la que, después de azotado,  
volverle al pobre ha mandado  
en público la justicia.

SANCHO: ¿Qué es esto?

ORELIO: ¡Oh señor! Venía  
riyéndome de una acción  
que he visto, en satisfacción  
de un azotado, este día.

Acudió a cierta pendencia  
de noche un juez, y uno de ellos  
le hirió, queriendo prendellos,  
sin que de esta resistencia  
se descubriese el autor.

El sastre nuestro vecino  
--que si ya no es con el vino  
nunca ha sido esgrimidor--  
estando en su casa quieto,  
fue sin culpa denunciado  
de un enemigo taimado.  
Prendiéronle, y en efeto,

la furia del juez fue tal  
que sin formarle proceso  
ni averiguar el suceso,  
sobre el usado animal,  
entre la una y las dos  
le hizo dar aquella noche  
un jubón, cual él se abroche  
en galeras, ruego a Dios.  
Como era entonces tan tarde  
cuál o cuál tuvo noticia  
del rigor de la justicia;  
pero él, haciendo alarde  
de su injuriada inocencia,  
del juez se querelló  
y ante el consejo probó  
que cuando la resistencia  
sucedió, estaba acostado  
con que mandó el presidente,  
en fe de estar inocente  
y el juez haber mal andado  
restituirle la honra;  
y así por las calles reales

con trompetas y atabales  
de la pasada deshonra  
se purga, con gorra y calza,  
en medio de dos señores,  
donde de sus valedores  
toda la chusma le ensalza.  
Y cada cual admirado,  
como no sabe quién es,  
pregunta, "¿Cuál de los tres  
es, compadre, el azotado?"  
Y responden, "El de enmedio."  
De modo que ya la fama  
"el azotado" le llama.  
¡Miren qué gentil remedio  
de honrarle en mitad de día  
si de noche le afrentaron,  
y de los que le asentaron  
cuál o cuál el mal sabía!  
Hanle honrado, en fin, los jueces  
y agora pasa esta calle;  
mas yo digo, que el honralle  
es afrentarle dos veces;

pues después de paseo  
y soldado su desastre,  
no le llamarán "el sastre,"  
sino sólo "el azotado."

*Vase ORELIO*

SANCHO: "No le llamarán 'el sastre,'  
sino sólo 'el azotado.'"

¡Bien que agravio publicado  
añade a la afrenta lastre.

¡Ah, Orelio! ¡Y a qué ocasión  
vino tu aviso discreto!

El agravio que es secreto,  
secreta satisfacción

pide. Bien me has avisado.

Cuando al otro el juez honraba,  
el vulgo ¿no preguntaba  
que quién era el azotado?

Luego si en público os vengo,  
agora, que cuál o cuál

de mi esposa desleal  
sabe el daño, ¿qué prevengo?  
El que me viere vengado  
no dirá cuando me vea  
"Éste es don Sancho de Urrea"  
sino, "Éste es el afrentado."  
Alto pues, honra discreta,  
haced que lo sea mi furia;  
pues es secreta la injuria,  
mi venganza sea secreta.  
Mirad que a aquel desdichado  
que imita vuestro desastre,  
no le llamarán ya "el sastre,"  
sino sólo "el azotado."

*Sale DIANA*

DIANA: (Gracias al cielo que puedo,  
Aparte  
nombre mío, restauraros.  
No pienso otra vez prestaros;

basta un peligro y un miedo.

Pero aquí mi esposo está  
melancólico y suspenso.)

SANCHO: Darle agora muerte pienso.

DIANA: (¿Cómo? ¿A quién la muerte da?)

Aparte

SANCHO: Pero no ha de ser notoria  
la causa por que la doy  
porque con Diana hoy  
he de enterrar su memoria.

DIANA: (¿A Diana ha de enterrar?)

Aparte

¿Y hoy ha de ser? ¡Ay de mí!

No en balde, cielos, temí  
la ocasión de este pesar.)

SANCHO: Yo he leído de un marido  
a quien un grande afrentó  
que en secreto se vengó.

DIANA: (¡Que yo le ofendo ha creído!)

Aparte

SANCHO: Convidó, en medio el estío  
a su enemigo a nadar

y, a título de jugar,  
los dos entrando en el río  
abrazándose con él,  
a la mitad le llevó,  
donde su injuria vengó  
siendo sus brazos cordel,  
y el verdugo su corriente.  
Después salió voceando,  
"¡Favor, que se está anegando  
mi amigo, ayudadle, gente!"  
Y con este medio sabio  
dio nuevo ser a su honor,  
paga justa al agresor,  
y nadie supo su agravio.  
Si no fuera Sigismundo  
que deshonrarme intenta,  
yo vengara así mi afrenta  
y no la supiera el mundo;  
mas es príncipe en efeto;  
su sagrado es mi lealtad;  
honra, otro medio buscad  
y advertid que sea secreto.



DIANA:                   (¡De Sigismundo y de mí  
Aparte

está celoso! Este engaño  
al fin resultó en mi daño.

¡Ay, cielos!

SANCHO:                   También leí

que este marido prudente  
después que dormida vio  
su esposa, fuego pegó  
al cuarto; que quien consiente  
al agresor acompaña;  
y cerrándola la puerta,  
después que tuvo por cierta  
su muerte, y la llama extraña  
en cenizas esparció  
su agravio, porque no hubiese  
quien de él noticia tuviese,  
desnudo, a voces pidió  
agua; mas no tiene efeto  
cuando la honra incendios fragua  
y ansí del fuego y el agua  
fió el honor su secreto.

Fuego, yo también le fío  
de vuestra llama; y por Dios,  
que a no ser, fuego, de vos,  
de nadie fiara el mío.

Con ella abrasad mis lenguas,  
vengad injuriadas famas...

Mas; ¡ay Dios! que vuestras llamas  
tienen la forma de lenguas,  
y que me afrenten presumo.

Mas si en iguales desvelos  
suelen ser humo los celos  
no haya llamas, sed todo humo.

DIANA:           (¡A quemarme con la casa

Aparte

se dispone! ¿Qué herejía  
cometéis, desdicha mía?

Contaréle lo que pasa;  
que si hasta aquí fue prudencia  
callar, ya no lo será.

Mi hermana a casarse va;  
la ocasién me da licencia  
descubrir este engaño;



pues habéis querido hacer  
verdugos los elementos.  
Si admiten satisfacción  
vuestros injustos enojos  
y no fiáis de los ojos  
indicios de la opinión,  
don Sancho, escuchad un poco.

SANCHO: (¡Ah secretos mal nacidos!

Aparte

Si el temor todo es oídos,  
y el que consigo habla es loco,  
¿no os pudiérades quedar  
dentro del alma guardados?  
¡Ved agora escarmentados  
lo que importa el buen callar!)  
Esposa del alma mía,  
ya que escuchándome estáis,  
no las quimeras temáis  
que hace mi melancolía;  
pues ni agraviado me quejo,  
porque estéis, mi bien, culpada,  
ni habrá quien me persüada

a que no sois claro espejo,  
en que se mira el honor.  
Pero como me casé  
en años ya, y siempre fue  
de mí estimado el valor  
de la honra en tanto extremo,  
por ver la desigualdad  
de vuestra florida edad  
y la mía, dudo y temo...  
sin causa... pues si la hubiera  
nunca un español dilata  
la muerte a quien le maltrata  
ni da a su venganza espera.  
Melancólico, cual vistes,  
entre mí, Diana mía,  
estos discursos hacía:  
propio efeto de los tristes.  
Si el príncipe que, primero  
que me casase, sirvió  
a mi esposa e intentó  
el dulce estado que adquiero,  
con su intento prosiguiese,

y ella --que al fin es mujer--  
de su edad y su poder  
persuadida, me ofendiese,  
¿con qué castigo discreto  
sería bien me vengase,  
sin que el vulgo me afrentase  
ni hiciese agravio al secreto?  
Y dije, "haciéndole ahogar."  
Porque el agua, esposa mía,  
que mudos los peces cría,  
no lo había de hablar;  
ni el fuego, que esteriliza  
cuanto llega a su poder,  
diera lengua a la mujer  
esparciéndola en ceniza.  
Esto en un esposo honrado  
puede un agravio violento,  
no más que en el pensamiento.  
¡Ved qué hiciera averiguado!  
Pero de imaginaciones  
que conmigo a solas paso,  
no hagáis vos, esposa, caso

cuando por tantas razones  
vuestra lealtad e inocencia  
satisfacerme procura;  
pues no hay cosa tan segura  
como la buena conciencia.

*Vase don SANCHO*

DIANA:            ¡Con qué cuerdo y nuevo aviso  
sus sospechas me ha contado!

Ni se dio por agraviado,  
ni satisfacciones quiso.

Callaré, pues él lo hace;  
que quien dé disculpas usa  
sin pedir las, si se excusa,  
neciamente satisface.

Hoy se tiene de casar  
y ser princesa Lisena,  
y hoy saliendo de esta pena  
don Sancho, ha de averiguar  
mi inocencia y dar sosiego  
a su honrada confusión.

Mas antes de esta ocasión,

si llega a la casa fuego  
y dentro de ella me ahrrasa,  
siendo violento homicida,  
¿no es razón, amada vida,  
volver por vos y mi casa?  
¿Quién duda? Si a Valdeflores  
voy, donde mi hermana está,  
y el cielo alegre fin da  
a mi dicha y sus temores;  
don Sancho, que ha de buscarme,  
verá en un punto deshechas  
sus aparentes sospechas,  
despenarse y disculparme.  
Éste es el mejor remedio.  
Aseguremos así,  
temor, la ocasión que os di,  
y pongamos tierra en medio.  
Repararé aquesta noche  
a un tiempo el honor perdido,  
y un engañado marido.

*Llamando*



¡Hola! Haced sacar un coche.

*Vase DIANA. Salen LISENA, de luto galán,  
LAURINO y FULCIANO*

LISENA: De la princesa Leonora  
estoy tan favorecida

que no pagaré en mi vida  
lo que ;a debo en un hora.

¡Qué apacible! ¡Qué agradable!

¡Qué discreta! En fin ¡qué bella!

Si soy princesa por ella

y de esta industria admirable

llego el fin dichoso a ver

con que Amor mis dichas premia,

no princesa de Bohemia,

su esclava sí que he de ser

LAURINO: Vuestra alteza--que ya puedo  
llamarla así--se asegure,



GASCÓN: Chapines he visto yo  
de corcho y altura tanta  
que a una enana hacen gigante;  
pero ¿quién chapines vio  
que puestos en la cabeza  
--la corona lo ha de ser--  
ensalcen a una mujer  
tan alta, que ya es alteza?

LISENA: También, Gascón, para vos  
de chapines servirán;  
también os levantarán.

GASCÓN: Yo soy cochero. Por dios,  
que Sigismundo me va  
honrando, pues que me hizo  
ser de un coche porquerizo.  
"Coche, acá; coche, acullá."  
Ya deseo que el rey venga  
y, cumpliendo mi esperanza,  
tenga fin aquesta chanza  
y yo también premio tenga.

*Sale el conde ENRIQUE*

ENRIQUE: (Amor ciego, loco estoy.

Aparte

¿Cómo, rigurosos celos,  
si el amante os llama hielos,  
sbrasándome estáis hoy?

Sin saber adónde voy,  
hasta aquí me habéis traído.

¡Que una ausencia haya podido  
descomponerme tan presto,  
porque funde el duque Arnesto  
su amor y dicha en mi olvido!

¡Ah, Lisena! Vos seréis  
ocasión de que yo muera  
en la verde primavera

que ya agostar pretendéis!

Mas, ojos, ¿que es lo que veis?

¿No es ésta, confusos ojos  
la causa de mis enojos?

Pero antojárame; que Amor, como poco ve, se suele poner antojos. No, ¡vive el cielo! que es ella. ¿Si a ver la princesa vino? No juzgueis a desatino la verdad que miro en ella. Ésta es su presencia bella, sus dos soles son aquéllos, su boca aquélla y cabellos, aquéllas sus manos son; pinceles de mi afición lo afirman, y es bien creellos.

*A ella*

Mudable, di, ¿de qué fruto me ha de ser tu vista hermosa si, siendo del duque esposa, das a mis celos tributo? ¿Por quién te vistes de luto?

Si por mí le traes, ingrata,  
cuando Amor casarte trata,  
y me has quitado la vida,  
nunca suele el homicida  
traer luto por quien mata.  
¿Cómo, mudable, tan presto  
--que este nombre es bien te aplique--  
favores que gozó Enrique  
los has reducido a Arnesto?  
Si mi amor firme y honesto  
olvidas en sólo un mes,  
vencer puedes tu interés,  
y a premiarme te resuelve;  
vuelve a amarme, mi bien, vuelve;  
no soy duque, soy marqués.  
El rey me llama sobrino;  
títulos tendré mayores.  
Dame esos brazos, amores;  
dame ese rostro divino.

*A los criados*

LISENA: ¿Qué es eso? ¿Qué desatino  
a este hombre saca de sí?

¿Qué hacéis? Echadle de aquí.

LAURINO: Hola, despejad la sala.

GASCÓN: Vaya mucho enhoramala.

FULCIANO: ¿No es donoso el frenesí?

ENRIQUE: Villanos, viven los cielos,  
si os descomponéis conmigo

que os haga dar el castigo

que dan a mi amor los celos.

¿Ansí pagas los desvelos  
que ya, ingrata, desconoces?

Porque ajenos brazos goces,

¿no quieres darme los brazos?

GASCÓN: ¿Daréle de latigazos?

¿Echaréle de aquí a coces?

ENRIQUE: Tirana, pues hoy verán  
cuantos en Bohemia viven,

mientras mi luto aperciben,

la muerte, de tu galán.

LAURINO: Éste debe ser truhán

del rey y, bufonizando,  
se debe de estar burlando.

LISENA: (Bien le conozco. ¡Ay de mí!)

Aparte

Hola; echádmele de aquí;  
que agora que estoy llorando  
la muerte del malogrado  
príncipe, no será bien  
que con burlas causa den  
a divertir mi cuidado.

FULCIANO: Tu esposo le habrá enviado  
sin duda, porque tu alteza  
divierta así su tristeza.

ENRIQUE: ¿Qué enredo es éste crüel?  
¿Al marqués de Oberisel  
no conocéis?

GASCÓN: ¡Linda pieza!

Toda esa gracia se enfría  
porque aquí no ha de hacer baza  
ni de su bufona traza  
gusta la infanta de Hungría.  
Guárdela para otro día



y desocupe este puesto.

ENRIQUE: ¿Quién es infanta? ¿Qué es esto?

LAURINO: Bien finge lo que no ignora.

Con la princesa Leonora  
habláis; no seáis molesto.

ENRIQUE: ¿Qué princesa? ¡Vive Dios,  
villanos...!

GASCÓN: Poquito a poco.

ENRIQUE: ¡Princesa! ¿Soy yo algún loco?

GASCÓN: Sois uno, y valéis por dos.

ENRIQUE: ¿No sois el lacayo vos  
de Fisberto?

GASCÓN: Fui primero  
su lacayo y ya cochero  
de la princesa; que, en fin,  
voy de rocín a ruín.

ENRIQUE: ¿No me conocéis?

GASCÓN: No quiero.

(Que si quisiera, bien sé      Aparte  
quién es el marqués Enrique.)

El seso tenéis a pique.

(Lindamente le engañé.      Aparte

¡Bien la burla le encajó  
de Arnesto!)

*Voces dentro*

VOCES: Plaza, que viene  
el rey.

LISENA: (Aquí me conviene  
Aparte  
disimular.)

ENRIQUE: ¿No es Lisena  
ésta? ¿Qué maraña ordena  
matarme?

GASCÓN: ¡Buen tema tiene!

*Salen el REY, el infante ALBERTO, SIGIS-  
MUNDO, y  
ACOMPAÑAMIENTO*

REY: Alegrara, señora, su venida

a este reino que espera a vuestra alteza,  
si la muerte del príncipe, afligida  
no enlutara a tal tiempo su belleza.

*Hablan aparte el REY y el infante*  
*ALBERTO*

No vi mujer jamás tan parecida  
a Lisena, ni hará naturaleza,  
Alberto, otro traslado semejante.

ALBERTO: Digno es de que la admire y te  
espante.

*A LISENA*

REY: Pero pues nunca la Fortuna orde-  
na  
darnos cumplido el gusto, y es forzoso  
mezclar con él aquesta justa pena,  
de un hermano el pesar temple un esposo.

*Aparte el REY y ALBERTO*

Pienso que estoy hablando con Lisena  
y, divertido con el talle hermoso  
que en la princesa, copia suya, miro,  
cuanto más la retrata, mas la admiro

ALBERTO:           ¿No te lo dije yo?

LISENA:                               Con haber visto  
a vuestra majestad, penas divierto,  
el llanto enjugo y el pesar resisto  
de Vladislao en tiernos años muerto.

GASCÓN:       (¡Lindamente lo finge, vive Cris-  
to!)   Aparte

LISENA:       Mas ya que no con lágrimas ad-  
vierto  
que al príncipe podré volver la vida,  
yo olvidaré su falta, agradecida.  
Pierdo un hermano que estimaba el mundo;  
mas cobrando un esposo, con quien puedo  
su muerte consolar, contenta fundo

mi dicha en él.

GASCÓN: (¡Famoso va el enredo.)

Aparte

LISENA: Quisiera yo ofrecer a Sigismundo con la corona húngara que heredo, el globo del imperio soberano que besara sus pies al dar mi mano.

SIGISMUNDO: Yo la beso mil veces, gran señora,

no de mandos ni imperios codicioso, sino de la hermosura en quien adora la dicha que me llama vuestro esposo.

ENRIQUE: (A Lisena trasforman en Leonora. Aparte

¿Qué enredo es éste, cielo riguroso?)

LISENA: Para vos, gran señor, mil fueran pocos.

ENRIQUE: (O yo lo estoy, o todos están locos.) Aparte

*Hablan aparte SIGISMUNDO y LISENA*

SIGISMUNDO: ¡Ay, dulce esposa!

LISENA: ¡Ay, príncipe querido!

Saque este engaño Amor a feliz puerto

SIGISMUNDO: Si hará, mi bien; que es dios  
agradecido.

### A ALBERTO

LISENA: Con vos este viaje, infante Alber-  
to,

la viaje se llame entretenido.

ENRIQUE: (¡Que no estuviera agora aquí  
Fisberto!) Aparte

LISENA: Mucho le debo en él a vuestra  
alteza.

Ni su enfado sentí, ni su aspereza.

ALBERTO: Estar quejoso de él con razón  
pude,

pues envidioso que os acompañase,

sus leguas abrevió.

GASCÓN: (¡Qué bien acude

Aparte  
a todo la bellaca!)

ALBERTO: Y si durase  
un siglo, me alegrara.

ENRIQUE: (No hay quien dude  
Aparte

que aquesta no es Lisena. ¡Que esto pase  
y se sufra en Bohemia! ¿Hay tal suceso?  
Yo debo de soñar, o estoy sin seso.)

*Reparando el REY en ENRIQUE*

REY: ¡Marqués! ¡Sobrino!

ENRIQUE: ¡Gran señor!

REY: Parece  
que triste celebráis esta alegría.

ENRIQUE: Ando sin ella, y por instantes  
crece,

no sin causa, una gran melancolía.





favores usurpar de Amor desnudo.  
Hasta el luto que traigo está injuriado  
pues dice que si el traje alegre mudo  
en él, es porque toda soy mudanza  
y porque he dado muerte a su esperanza.  
No se me acuerda el nombre que me llama,  
puesto que en él mi ingratitude condena.  
En conclusión, señor, sin ser su dama,  
ni la culpa tener, llevo la pena.

Hablóme, en fin, por la persona que ama.

REY:            ¡Donosa burla! Si os llamé "Lisena,"  
no me espanto, Leonora, que se asombre.

LISENA:        Sí, "Lisena" imagino que era nom-  
bre.

REY:            A todos nos causara el mismo en-  
gaño  
el conocer, señora, a vuestra alteza  
no asegurara caso tan extraño,  
milagro, en fin, de la naturaleza.

GASCÓN:        (¡Qué fértil en mentiras corre el  
año!)    Aparte

REY:            Hay, señora, en mi corte una belleza

imágen vuestra y semejanza en todo:  
en la cara, en el talle y en el modo.

LISENA: ¡Válgame Dios!

REY: A quien aquesto ignora  
difícil se le hará, si llega a veros,  
distinguir a Lisena de Leonora.

SIGISMUNDO: Y aun a mí, que he llegado a  
conocerlos.

LISENA: Ya no me espanto, si a Lisena  
adora,

Enrique, vuestra suerte, que a atreveros  
su desdén os obligue en nombre de ella.  
Notablemente gustaré de vella.

ENRIQUE: Alto. Yo me engañé; ya ha  
sucedido

una persona en otra retratarse.

Culpad mi engaño y condenad su olvido,  
y si esta burla puede perdonarse,  
perdón, señora, a vuestra alteza pido

REY: El suceso merece celebrarse.

LISENA: La ignorancia me hizo que no  
hiciera

de vos el caso, Enrique, que debiera;  
mas no tratando por agora de ésta,  
el rey mi padre, en cuyo real estado  
tengo de suceder por el funesto  
fin del hermano mío malogrado,  
me acaba de escribir que está dispuesto,  
pues la muerte las cosas ha mudado,  
de darme al de Polonia, porque quede  
unida a Hungría, cuando el reino herede.  
Mándame que le niegue a Sigismundo  
la mano, cuando el alma le ha ofrecido;  
de suerte que me da esposo segundo,  
viuda sin bodas del primer marido;  
y cuando me ofreciera todo el mundo,  
una vez en el alma recibido,  
fuera imposible echarle; que Amor ciego  
tarde suele salir, aunque entra luego.  
Por esto, y por no dar ocasión justa  
a guerras, que al poder hacen tirano,  
luego que supe su demanda injusta,  
de esposa a Sigismundo di la mano.  
Mi dueño es desde ayer, y si es que gusta

vuestra real majestad que el soberano  
yugo de amor nuestras cervices ate,  
no hay para qué la boda se dilate.

Publíquese en la corte que hoy pretendo  
entrar en ella, el luto convertido  
en galas reales y festivo estruendo,  
pues la presteza su remedio ha sido.

REY:           En vos, princesa, estoy a un tiempo  
viendo

vuestra belleza, que el amor ha unido  
a vuestra discreción. Bella y discreta  
os llame el mundo. En todo sois perfecta.  
No quiero encarecer vuestra prudencia.

La determinación ejecutada  
fue importante, el amor por excelencia,  
y mi injuria con tiempo remediada.

Vea mi corte hoy vuestra presencia.

Entrad debajo el palio, coronada  
por princesa de un reino que mejora  
su trono real, gozándole Leonora.

Yo voy a hacer la prevención debida  
a vuestro casto amor. Príncipe, vamos.

SIGISMUNDO: Hoy, dulce esposa, en apacible vida

los trances fieros del Amor trocamos.

ENRIQUE: (¡Que ésta es Leonora, cielos!)

Aparte

GASCÓN: (Bien urdida

Aparte

hasta aquí tu maraña, Amor, llevamos.

¡Oh, Lisena taimada y socarrona!

Por pícara mereces la corona!)

*Vanse todos. Sale don SANCHO*

SANCHO: Hoy, honor, no moriréis.

Un día más os dan de plazo.

Sigismundo en Vadefflores,

hoy no os ha de hacer agravio.

Si mañana hacerle intenta,

yo le atajaré los pasos.

Castigue el fuego adulterios,

pues es elemento casto.

Asegurar a Diana

me importa; que si ha eschado

la muerte que darla intento  
y siempre teme el culpado,  
tiene de andar sobre aviso.  
Con amorosos engaños  
pienso quietar sus temores;  
fingid que la amáis, regalos.

*Llamando*

¡Diana! ¡Mi bien! ¡Esposa!  
¡Ay cielos! ¿Si la ha ausentado  
su poca satisfacción;  
que es propio de los pecados  
el temer a la justicia,  
verdugo que a cada paso  
de sí mismo se recela,  
y trae la soga arrastrando?  
¡Cardenio! ¡Grisón! ¡Orelío!  
¿No hay aquí ningún criado?

*Sale ORELIO*

ORELIO: ¿Qué manda vuestra excelencia?

SANCHO: Llamad mi esposa.

ORELIO: Buen rato

ha que en un coche salió  
y ha ido, si no me engaño,  
a Valdeflores.

SANCHO: ¿Adónde?

ORELIO: La fama que ha divulgado  
que la princesa de Hungría  
es de Lisena retrato,  
la obligará, gran señor,  
a ir a ver este milagro;  
que se despuebla la corte  
a lo mismo.

SANCHO: No me espanto.

Yo la mandé que lo hiciera;  
que en término cortesano,  
es bien que a Leonora vea.  
Andad con Dios.





Ya ¿de qué sirve callar,  
cuando las aves, los campos,  
y las fuentes, que han de verlo,  
deben ya de publicarlo?

Demos voces... Pero no;  
más vale morir callando.

No os afrentéis a vos mismo,  
perdido honor; lengua, paso  
no en balde el cuerdo silencio  
tiene en la boca un candado.

Silencio, deshonra mía,  
hasta llegar a vengaros.

Dos modos hay de curar,  
y milagrosos entrambos.

El preservativo es uno  
con que se previene el sano  
y se cura antes que llegue  
el mal que está recelando;  
porque el sangrarse en salud  
suele excusar muchos daños.

Ya no podeis usar de éste;  
tarde, honor, habéis llegado.

Enfermo por vuestra culpa  
y por mi desdicha, os hallo.  
Pues venga el segundo medio.  
Procurad, honor, curaros  
ya que en la cama caístes  
de la deshonor y agravio.  
Apliquemos medicinas.  
Lo primero pues que os mando,  
honor, es guardar la boca;  
que no sana el desreglado.  
La dieta es el remedio  
más eficaz y ordinario.  
Guardad, honor, pues, dieta  
de silencio cuerdo y santo.  
Pero es rigurosa cura;  
¿qué médico tan extraño  
no os ha, honor, de permitir  
si estáis enfermo, quejaros?  
Éntrase por las cavernas  
de la tierra el viento vano  
y, mientras no halla salida  
con terremotos y espantos,

publica a voces su pena.  
Tiembla el mundo, y echa abajo,  
en fe de su sentimiento,  
los edificios mas altos.  
Apenas un aire leve  
toca las hojas de un árbol  
cuando todas se hacen lenguas  
porque den voces sus ramos.  
Braman celosos los brutos,  
las aves se están quejando,  
y a falta de lengua, en ecos  
da gritos hasta un peñasco.  
¿Y no queréis que me queje,  
para que imite al caballo  
de Troya, que mudo encierra  
en el pecho a sus contrarios?  
¡Oh, terribles agravios!  
Mátanme el alma, y ciérranme los labios.  
¡Diana con Sigismundo  
su lascivo amor gozando,  
mi limpia sangre ofendiendo,  
y yo muriendo y callando!

¡Oh, España, madre de nobles!  
¡Oh, Aragón, espejo claro  
de la venganza que puebla  
los verdes montes de bandos!  
Ya no me tendrás por hijo;  
ya habrán mi nombre borrado  
tus libros de tu nobleza  
mi memoria desterrando.  
Paredes, ¿no habláis vosotras?  
Sí; que por eso os han dado  
orejas nuestros proverbios,  
y quien, oye, que habla es claro;  
por eso es sordo el que es mudo.  
Tapices, ya se ha alabado  
quien oyó vuestras figuras  
y consultó vuestros cuadros.  
Puertas, más de alguna vez  
vuestros quicios avisaron  
contra adúlteras ofensas  
a maridos descuidados.  
Ventanas, todas sois lenguas,  
pues de noche vuestros marcos

oyen, para hablar de día,  
los secretos que os fiaron.  
¿En qué pared no se atreve  
a hablar el carbón liviano,  
o el hacha en lenguas de fuego  
por escaleras y patios?  
Las peñas, aves y brutos,  
paredes, tapices, cuadros,  
carbón, ventanas y puertas  
todos hablan. ¿Y yo callo?  
¡Oh terribles agravios,  
mátanme el alma, y ciérranme los labios!  
Pero si el silencio importa,  
honor infelice, tanto,  
y el buen callar siempre es cuerdo,  
callemos, hasta vengarnos.  
Disimulemos ofensas,  
pues no estáis, honor, sano.  
Tomad callando el acero  
si queréis desopilaros.  
Hablen todos, que son necios;  
que a la cigüeña han pintado

por símbolo del prudente  
los que sin lengua la hallaron.  
Parecedla vos en esto,  
honor; que el que está agraviado,  
no es bien que al mosquito imite  
que se venga voceando.  
¡Ea, fuego, aquesta noche  
el oro, que se ha mezclado  
con la liga de mi afrenta  
y la da quilates falsos,  
acendrarán vuestras llamas  
como quien quema el brocado  
por librarle de la seda  
si está viejo o se ha manchado!  
Quememos una mujer,  
seda frágil que mezclaron  
con el oro de mi honra  
para que quede acendrado;  
y vos, lengua, a la prisión  
donde os atan, retiráos  
y dad todas vuestras veces,  
como soléis, a las manos;

y vosotros, agravios,  
vengad ofensas y cerrad los labios.

*Vase don SANCHO. Salen el REY y don  
ENRIQUE*

REY: De vuestro engaño, marqués,  
particular gusto tuve  
y casi en el propio estuve  
con saber que Leonora es  
tan parecida a Lisena.

ENRIQUE: A mi costa se burlaron  
con que no poco alimentaron  
mi melancolía y pena.

La princesa, en fin, ha entrado  
debajo del palio real,  
al sol que la alumbra igual;  
y el haber anticipado  
sus bodas, fue de importacia,  
que siendo, como es, mujer  
mudara de parecer

--pues nunca tienen constancia--  
y pudiera ser que diera  
gusto a su padre, y causara  
la guerra que estaba clara  
si a Polonia se volviera.

REY:           La vejez del rey de Hungría  
le hace mudar de consejo;  
yo, que en fin no soy tan viejo  
la palabra estimo mía  
más que cualquier interés  
que recrecérseme pueda.  
Sigismundo a Hungría hereda  
con la princesa, marqués.

ENRIQUE:       Ésta es, gran señor, que viene.

REY:           Salgámosla a recibir.

ENRIQUE:      Ya no hay para qué salir;  
que en tu presencia la tienes.

*Música. Sallen muy bizarros LISENA y  
SEGISMUNDO, de las manos. A su lado, DI-  
ANA, el infante ALBERTO y  
LEONORA de las manos*



LISENA: Déme vuestra majestad las manos, señor, pues tengo padre en vos, y dle Sigismundo seguro y amado dueño.

REY: Ya el príncipe os dio la suya. Yo los brazos os ofrezco en que descanséis; que ha sido prolijo el recibimiento.

SIGISMUNDO: Tendrá vuestra majestad desde este punto sosiego, viéndome puesto en estado y que su gusto obedezco.

REY: A lo menos, no os tuviera por obediente y discreto a no salir del engaño, Sigismundo, en que os vi puesto. ¿Tambien vos venís, duquesa, con la princesa?

DIANA: Si veo que lo es mi hermana, señor,

y que la obedece un reino,  
¿qué mucho que la acompañe?

REY: ¿Qué decis, que no os entiendo?

DIANA: ¿No es la princesa mi hermana,  
señor, que delante tengo?

REY: ¿Cómo, princesa? ¡Oh traidores!  
¡Vive Dios!

ALBERTO: Tenga sosiego,  
señor, vuestra majestad;  
que Diana cree lo mismo  
que creyó el marqués Enrique  
porque entender la hemos hecho  
que del príncipe es esposa.

REY: ¿Qué decís?

ALBERTO: Aquésto es cierto.

REY: ¡Donosas burlas nos hace  
la similtud que vemos  
en estas dos hermosuras!  
Basta el engaño; no quiero  
que Diana esté quejosa.  
Decídselo.

ALBERTO: Señor, quedo.

REY: ¿Por qué la habéis de engañar?

ALBERTO: La princesa gusta de esto.

REY: Alto; el es su gusto, vaya.

*Sale FISBERTO*

FISBERTO: Antes que tal embeleco  
resulte en daño del rey,

la he de matar, vive el cielo.

No quiero princesas hijas  
por engaños.

REY: Pues, Fisberto,

¿qué enojos os alborotan?

FISBERTO: ¿Cómo, qué enojos? ¿No tengo

razón, señor, de quejarme

si sólo por mi consejo

no celebró con Dïana

el príncipe casamiento

y agora a Lisena ha dado

la mano, y en el soberbio

palio la apellida a voces  
su princesa todo el pueblo?

ALBERTO: También le hemos persuadido  
la burla y el caso mesmo  
a su padre que a Diana.

REY: De regocijos es tiempo;  
mas ya es bien desengañarle;  
que no es razón que el buen viejo  
se altere.

ALBERTO: ¿Qué? No, señor.  
La princesa gusta de esto.

SIGISMUNDO: Templad, Fisberto, la ira;  
que el rey mi padre ha dispuesto  
esto por razón de estado.

FISBERTO: ¿Es esto cierto?

REY: Y muy cierto.

FISBERTO: Pues ya yo estoy sosegado.

*Salen don SANCHO y ORELIO*

SANCHO: (Mi alterado pensamiento,

Aparte

sin saber adónde voy,  
me trae fuera de mí mismo.

Aquí está el rey, Sigismundo,  
Leonora, el infante. ¡Ay cielos!

¡Y la ingrata de mi esposa!

¿Quién duda que ya habrán hecho  
sacrificio de mi honor?

Pero si no le hay sin fuego,  
callad, honra, que esta noche  
seréis su ministro cuerdo.)

REY: Decid, príncipe, ¿quién es  
esta dama a quien Alberto  
trae de la mano, y su cara  
obliga a amor y respeto?

LEONORA: Yo, gran señor, soy Leonora,  
hija vuestra, que a dar vengo  
al infante con la mano  
de Hungría el antiguo reino.

REYL ¿Cómo? ¿Vos sois la princesa?

LEONORA: Amor, que todo es enredo,

cuando a vuestra corte vine  
quiso--y yo se lo agradezco--  
rendirle, a la gallardía  
del infante, a quien yo tengo,  
como esposo y señor mío,  
apostado en mi pecho.

REY:                   ¿Luego Lisena es esotra?

SIGISMUNDO:    Y esposa mía.

REY:                   Primero  
que tal consienta, su muerte  
servirá al mundo de ejemplo.

LEONORA:        A vuestros pies, gran señor,  
pido y suplico por ellos;  
y si fuistes mozo, amante,  
perdonad amores viejo.

REY:                   ¿Cómo yo había de sufrir  
tal desigualdad?

LEONORA:                   Ya vemos  
por la escalas de Amor  
subir cayados a cetros.  
Dos hijos que tenéis solos  
dejáis nobles herederos

de dos coronas ilustres.

ALBERTO: La princesa gusta de esto.

LEONORA: Su perdón os pido en pago  
de que por obedeceros,  
desobedezco a mi padre,  
y al rey de Polonia dejo.

REY: ¿Pues no amabas a Diana,  
traidor?

SIGISMUNDO: No lo quiera el cielo.  
Lisena sólo ha triunfado,  
señor, de mis pensamientos.

SANCHO: (Honra mía, dadme albricias;  
Aparte  
que si lo que escucho es cierto,  
yo haré a mi silencio sabio  
de jaspe y marfil un templo.)

REY: Pues el papel y el retrato  
que halló a Diana Fisberto  
y el día que se casó  
las muestras de sentimiento  
que hiciste, ¿cómo se hermanan  
ahora con este enredo?

LISENA: El retrato y el papel  
Diana estaba leyendo  
cuando entró mi padre airado  
en nuestro jardín; y viendo  
lo que guardarle importaba,  
le metió, gran señor, dentro  
de la manga en que le halló  
mi padre.

DIANA: Y yo, que el deseo  
de ver reinar a Lisena  
he cumplido con aquesto,  
sufrí, cuerda los agravios  
de mi padre, y al secreto  
encomendé la ventura  
de este dichoso suceso,  
pues de él a don Sancho ilustre  
por señor y esposo medro.

GASCÓN: Yo doy fe, como escribano  
corredor aunque cochero,  
arcaduz, estafetilla,  
y a pagar de mi dinero  
que es verdad todo lo dicho.



REY: Alto; digno es este cuento  
que se acabe en tragedia.

Leonora, por amor vuestro  
los perdono.

SANCHO: (¿Veis, honor, Aparte  
te

si el callar fue de provecho?

Hablen los otros maridos  
en su afrenta y vituperio;  
que hasta agora nadie sabe  
sino el cielo y yo mis celos  
que, en mi honra averiguados,  
del alma alegre los echo.)

FIBBERTO: En fin, señor, consentís  
que Lisena me dé nietos  
que reyes Bohemia llame?

REY: Dios lo haga así, Fisberto.

ENRIQUE: ¡Buen retrato de Leonora!  
Convertido se ha en Arnesto  
el príncipe Sigismundo.

GASCÓN: Yo fui quien os di ese trueco.

## *Al príncipe SEGISMUNDO*

Pero ¿cómo no me pagas  
los jornales que merezco  
de esta cántara acabada?

SIGISMUNDO: Hágote mí camarero.

ORELIO: ¡Cómo! ¡Un cochero!

GASCÓN: Pasito,  
que el sol que alumbrando vemos  
es más ilustre que vos  
y su oficio es carretero.

ORELIO: Otro cargo pueden darle.

## *A LISENA*

GASCÓN: ¿No es a su gusto este premio?

LISENA: Sí, Gascón.

GASCÓN: ¿Venlo vustedes?

La princesa gusta de esto.

SANCHO: (El celoso como yo

Aparte

calle y averigüe cuerdo  
sospechas, mil veces falsas,

como las mías salieron;

y si fueren verdad, cobre

satisfacción con secreto;

que la pública da causas

a vulgo, siempre parlero.

Don Sancho soy. Si he callado

a vuestro gusto, por esto

al buen callar llaman Sancho.

En mí tenéis el ejemplo.)